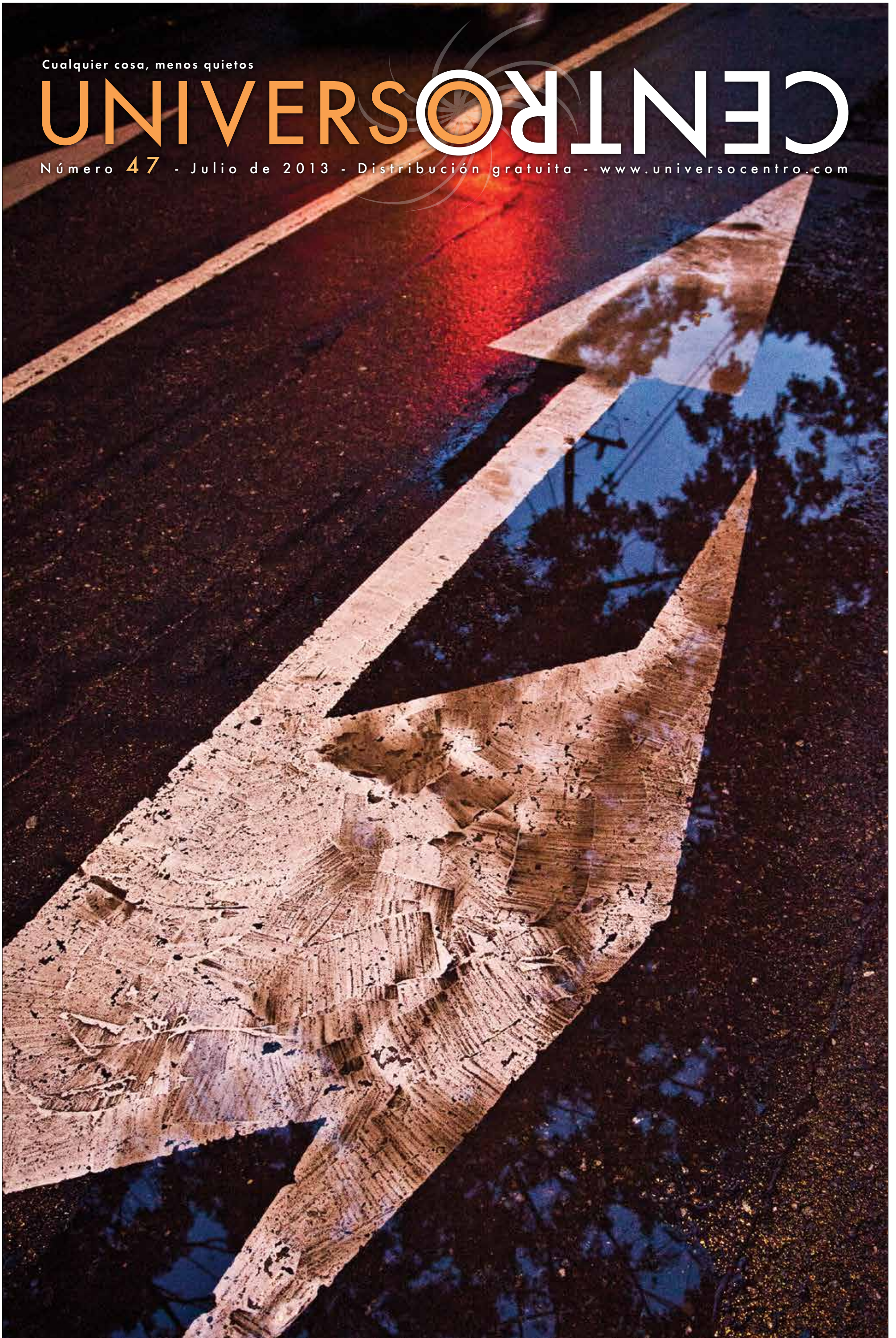


Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 47 - Julio de 2013 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



4

La casa de Resfa



6

La ciudad de los muertos



9

El camión de la familia



12

Vida diputada



16

Trasplante punk



20

¿Entierro mafioso?



22

Los sobrevivientes



UNIVERSO CENTRO

Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora

– Guillermo Cardona

– Alfonso Buitrago

– David E. Guzmán

ASISTENTE EDITORIAL

– Paula Camila O. Lema

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

COORDINACIÓN COMERCIAL

– Ana María Duque

DISTRIBUCIÓN

– Sandra, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

– Equipo UC

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

Es una publicación de la
Corporación Universo Centro

Número 47 - Julio 2013

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



Retrato con asesino

Hace unos días la portada de la revista *Rolling Stones* despertó un fuerte debate en Estados Unidos. Algunos puntos de venta –farmacias y supermercados– se negaron a venderla, y muchos lectores pisotearon la foto de la tapa una vez superado el arrebatto de curiosidad. El protagonista elegido para abrir la edición de agosto fue el joven Dzhokhar Tsarnaev, acusado de poner las bombas en el cierre de la maratón de Boston. Tsarnaev aparece serio y mirando al frente, con un gesto más reflexivo que retador, y con el nombre de la revista como corona. Días antes *The New York Times* había publicado la misma fotografía sin mayores consecuencias. La diferencia la hizo el encuadre más cercano y la iluminación sobre la cara del presunto terrorista. En el periódico era la foto corriente de un estudiante taimado; en la revista, la imagen lustrada de un posible asesino. La pregunta, entonces, es cómo deben presentar los medios a los acusados de grandes crímenes: ¿Es posible prestarles un destello de mansedumbre? ¿Es justo darles un aire de prestancia? ¿Vale la pena dulcificarlos o entregarles un aura, más allá de la tragedia? Para los más críticos la foto es una forma de exaltación o una frivolidad ofensiva, y no faltaron quienes dijeron que su pelo revuelto y su mirada penetrante recuerdan a Jim Morrison y otros íconos juveniles.

Un editorial de *The New York Times* consideró el alboroto como una historia provocada por el fuerte verano, y recordó que Hitler, Osama y Manson habían sido protagonistas de algunas primeras páginas. Nadie puede decirle a *Rolling Stones* que ese no es uno de sus temas naturales y que los asesinos no están hechos para sus portadas glamurosas. Ellos les hablan a los jóvenes, y ahí está el retrato de uno de ellos. Nadie gritó en Noruega cuando Anders Breivik, el asesino de Utoya, apareció en las portadas sonriente o desafiante con su brazo en alto. Sin embargo, hay algo muy limpio en la foto de Tsarnaev en *Rolling Stones*, y buena parte del público no se conformó con la palabra monstruo que acompañaba el titular. Los lectores de noticias se han acostumbrado a exigir el escarnio y la condena.

Un fotógrafo de la policía de Boston añadió nuevos ingredientes a la guerra de imágenes. Su indignación lo llevó a publicar fotos inéditas de la captura de Tsarnaev. “Este es el verdadero terrorista de Boston”, dijo Sean Murphy al entregar las imágenes a los medios. En ellas aparece el joven Tsarnaev herido en la cara, saliendo del bote donde se ocultaba como un gato asustado, con el punto rojo del láser de un francotirador en su frente.

Mirar el rostro de los asesinos en la prensa es un derecho de las víctimas y de los ciudadanos en general. Que los retratos sean francos y reveladores, y que no ayuden a encubrir o justificar los crímenes, depende de la calidad de quienes los hacen y de la seriedad de quienes los publican. Mientras en Estados Unidos se discutía si es válido usar un poco de Photoshop en la foto de un joven acusado de terrorismo, en Colombia hablaba por radio alias ‘Payaso’, acusado de apuñalar a un agente de la DEA en medio de un atraco. En la entrevista el sindicado habló de sus temores al momento del robo y del desenlace inevitable. Es lógico que nuestro circo sea más colorido. Y es posible que en el momento del juicio las cámaras y las grabadoras ya estén en otra parte. ☹



Esa oración fatal

por J. ARTURO SÁNCHEZ TRUJILLO

Por sitio Barbaocoas, el espíritu de las bacanales vive en el fandango, acunando el más antiguo de los ritos. Y exhalando algo... que nadie puede pasar por alto o de agache fácilmente: un extraño y oscuro atractivo.

La mujer saltó de la cama desnuda, dejando azarado en las sábanas a ‘El Ronco’. Se paró frente al espejo sonriendo como *La Gioconda*, y su cuerpo mulato, dulcemente brillante, absorbió los aires frescos y las primeras claridades del amanecer que entraban por las desbaratadas rendijas de la ventana. Luego empezó a repicar frenéticamente una y otra vez esa frase, que le sonaba a rezo de misa negra, a cruel acertijo, o a maldición.

Aunque a él casi nada lo impresionaba, acostumbrado después de sus cincuenta años a vivir peripecios de la luna en todos los laberintos, bien graduado en gozar o sufrir por los arrabales de la crapulosa ciudad, semejante actitud de la vendedora de fuegos lo sorprendió. Aquella oración, dicha con rudeza, cinismo e insistencia por la amante ocasional en el hotelucho, le acorraló poderosa y misteriosamente la razón.

La escuchó perplejo mientras se vestía y recogía sus cosas para largarse. Quería insultarla o protestar, pero pensó que era caso perdido casar zafarranchos en tales guaridas de la truhanería. Y al final, tampoco sabía si esas palabras que le taladraron eran sacadas de la república de los sueños, o meras especulaciones femeninas surgidas al calor de las cosas vividas allí.

Atribulado, se fue a dormir un rato en su aposento de la calle Barbaocoas, chispeante lugar enclavado en la última playa de esta ciudad sin mar; sitio considerado desde siempre “olla infernal del pecado”, ubicado a solo unos cien paradójicos metros del “sacrosanto” gran templo oficialmente llamado Catedral Basílica Metropolitana de la Inmaculada Concepción de María, cuyos interiores fueron siempre recatado espacio de honras fúnebres para los rabiblanos de la paisada despedidos con pompa en su viaje seguro al cielo.

Cuando despertó a la nueva noche, para no perder el recuerdo de ese episodio que le resultaba extrañamente especial, escribió con el cabo de lápiz de color verde que siempre le servía para hacer sus malas cuentas la perorata que había quedado tallada en su memoria. La copió en mayúsculas, sobre el envés de una hoja que arrancó del calendario Pielroja colgado detrás de la puerta, único adorno de su habitación.

Antes de salir a otra rumba, desenterró de su caleta en el fondo de la basura los restos monetarios del último



La Calle del Deseo. Autor: Jorge Alonso Zapata

cruce, y luego, como si hubiese recibido una oscura orden, se guardó la nota en el bolsillo de la camisa; tres gramos de papel que le pesaban igual que una nueve milímetros sin seguro con un tiro en la recámara.

En este postrer brinco el hombre se atragantó varios días fumando en un “sopladero” vecino, escuchando en su oído el golpetazo de la frase y mirando a cada rato la hoja del calendario.

Atrapado en el drogocomico, no le importó que su corazón se tambaleara en la cuerda floja y masoquista de aquel insólito placer; había llegado de la mano de una luna naciente a mitad de semana, y ahora era viernes.

Engrupido por ese humito se había gastado hasta el último centavo, y ya sin efectivo se convirtió en deudor. Primero le fiaron varias papeletas, “unos cosos pa desembalarlo”, tomando en empeño su amado celular, y más tarde otros, por sus papeles de identificación. Después, a cambio de la chaqueta negra de pana que le regalara su última alcahueta, le facilitaron “de una!” el cohete final.

A este mancito que siempre tuvo una insensata impresión de libertad le decían ‘El Ronco’, por un eco de tambor en su tono de voz que parecía salir de ultratumba. Con dicho tronar, apenas llegado al lugar de su nueva juerga, una casa con ofertas clandestinas cerca a la Avenida Oriental, donde solo se veían un mostrador, fumadores y media docena de sillas cojiuertas, se juró en voz alta tres veces que esta sería su última salida de andadas por esos lugares: “¡No más embales! ¡Eel último embale! ¡Miiii ultimo embale!”

aseguró, pensando en dedicarse de lleno, a partir del otro día, al trajín de oficios varios. Y cumplió la promesa, aunque su retiro no fuese por estos fines loables.

Aquella adicción que terminó por dejarle muy pocos pulmones, lo mató de repente en un purgatorio del centro de la ciudad de Medellín, a eso de las dos de la mañana, armando su último porro bien rociado con base de coca, al tiempo que rumoraba algo.

Entonces el soplete se descompuso de súbito, su rostro se tornó cal, abrió unos ojos de búho excitado, extendió bruscamente los brazos en cruz expulsando polvo y tabaco por los aires, y sin decir mu se fue a tierra. Cayó boca arriba en uno de los estrechos pasillos, espumando los labios, sin ninguna esperanza de escoger entre opciones; colapsó crucificado en las maderas de aquel piso sucio, entapetado con picadura y pequeños sobres de papel mantequilla vacíos. Embrujadoras, perfumadas papeletas rectangulares, blancas, despararramadas, como fichas de dominó, como puertas alucinantes de laberintos consumidos, como señales premonitórias abiertas, igual que aquel texto corrosivo.

Desde la sala de estar otros clientes advirtieron lo sucedido, y en tropel saltaron igual que carroñeros para esquilmar el muerto, pero ya estaba ahí encima el más ágil felino, que sin dejarlos arrimar les braveó: “Este chichipato está muñeco y lo demás es mío”.

Enseguida lo esculcó con minucia, pero el hombre no tenía nada en sus flacos bolsillos, solo el papelillo doblado con una línea escrita.

En el sopladero terminó pronto la desencantada rapiña. Luego de burlas y comentarios en voz baja, los usuarios avisaron al encargado de turno del negocio para que resolviera sin mucho alboroto ese asunto. El jíbaro, que por la naturaleza del trabajo era rudo, resolvió primero sacudirlo para ver si reaccionaba; enseguida le echó gotas de limón en

los ojos, que seguían abiertos, y luego le pellizcó una oreja con su cortaúñas; no hubo respuesta. Así las cosas, el sujeto ofreció pagar a los más amurados con “tres trabas” si lo desaparecían de allí.

“¡Pilas! ¡En la vuelta! Que esta gonorsofia nos va a encochar el parche”, dijo con fastidio.

Dicho y hecho. Montando la farsa de llevar un compadre pasado de copas, dos arañados le sacaron de escena y lo recostaron en una esquina de la avenida, esperando que alguna patrulla se hiciera cargo. Pero antes que la policía se lo toparon feroces nómadas nocturnos que se repartieron sus prendas diciendo con desparpajo: “¡Quedó pagando!”.

El hombre pernoctó varias horas ahí finado, atracado, acurrucado en medio de la eternidad y el olvido. Uno de tantos buseros del turno de las cuatro a.m., aficionado a reportar las malas noticias en la Bella Villa, dio aviso en la inspección de Prado Centro para que recogieran a un tipo muerto y empelota.

‘El Ronco’ se fue de este mundo de la misma manera que vino, sin nombre, desnudo. Los agentes que fueron a recoger el desvalijado cadáver no mostraron emoción alguna por tan temprana y turbia labor. le lanzaron a la parte trasera de la patrulla igual que a un costal de desechos, y se fueron con el N.N. rumbo al anfiteatro, cuando azaraba otra aurora. Jugando con el viento en la aceña, rodó ese papel arrugado con la sentencia escrita a mano y sin firma que no tuvo interés para nadie: “En las cavas del placer, nunca saciarás tu deseo”.

Todos ignoraban lo que se había cocinado bajo el extraño influjo de esa oración fatal; entre el corazón a mil del fumetas, su psiquis martillada y los histéricos bazucos.

(Del libro inédito *Relatos oscuros de Barbaocoas*. Enero de 2013) ☹

Los putiaderos nunca han necesitado letrero en la fachada. Se hacen célebres entre la alharaca de los borrachos y los murmullos de las esquinas. Por eso dos de los más famosos de Medellín en el siglo pasado acogieron la enseña de las empresas vecinas: Inextra y Pintuco.

La casa de Resfa comenzó ofreciendo sus servicios en el Centro y pronto se trasladó “a los pies de El Poblado”. Problemas entre las matronas hicieron que de una sola casa salieran dos: Marta Pintuco y La casa de Resfa. Carlos Mario Garcés vivió durante años en esa casa de ambiente no tan familiar, y encontró una manera particular de hacer la crónica de sus días y sus noches. Aquí está una muestra de sus poemas escritos de putas para adentro. ●

La casa de Resfa

Doña Resfa

Pasé por el mismo camino
por donde tuvieron que pasar
las muchachas del negocio,
hasta que llegué a Bandera Roja,
la cantina de Manuel Villa en Envigado,
quien no tardó en hacerme su mujer,
y me enseñó los secretos del negocio.
Cuando nos separamos,
él mismo me prestó el dinero y las mujeres,
y monté el negocio en el centro.
Después nos pasamos al callejón de Inextra,
a los pies de El Poblado (el barrio de los ricos),
aunque debo anotar que la famosa casa de
Marta Pintuco
primero fue mía.
Alicia y Rocío,
mis hijas mellizas,
me replazaron años después.
Poco antes de morir supe
que habían escrito sobre mi vida
en una Historia de la prostitución en Antioquia.
Pero no tuvieron la agudeza de escribir
que esta ciudad me debe más que a cualquier
político mojigato,
cuya estatua cagan las palomas
en algún rincón de Medellín.
Porque si los artistas venden emociones abstractas,
las prostitutas brindan fantasías
que alegran el desolado corazón de los hombres.
Por eso reclamo para mi tumba de rosado mármol
el epitafio digno de una célebre meretriz:
Verdadera madre, amiga, confidente,
refugio de pecadores.



Elizabeth Builes

El gato

Miau, miau...

Era el gato manchado de la casa
que abultaba y escurría su lomo elástico
por entre las columnas, sillas y mesas de la sala,
desde donde miraba, con sus ojos salpicados
de destellos de oro.
Las muchachas le acariciaban el pelo
hasta dormirse perezoso entre sus piernas;
otras veces jugaban dando vueltas por la alfombra roja
donde uñas y ojos de gato y de mujer se confundían
con un mismo destello en la sombra.
Parecía conocer todos los secretos de la casa,
porque todo lo miraba desde su rincón:
ver mamar a la Boquechupo,
metérselo a Adelfa por el culo,
mamarle la cuca a Elvia,
follar encerrados en el baño.
Él parecía saberlo todo, y como si no le importara,
a veces pasaba aburrido y de largo.
Una madrugada de octubre, en actitud hierática,
como deidad egipcia en la mesa de centro,
junto al jarrón de cristal negro con verdes pinceladas,
el gato repasaba la eternidad.



Mónica Betancourt



La Casa de Resfa.
Carlos Mario Garcés Toro.
Ediciones UNAULA.
Medellín, 2013.

Amador

Muchas rameras me recordarán por mis maniobras
y peticiones en la cama.
Me gustaba darles el beso negro y excitarlas
con mi lengua;
me gustaba que al momento de follarlas me metieran
y sacaran con fuerza
un dedo por el culo.
Yo, que era un cliente de élite en la lista del negocio,
me quedaba hasta tres y cuatro días encerrado en la casa,
fumando base y soplando coca.
En medio de estos trances me cagaba
en los rincones y detrás de las cortinas,
donde algunas de las muchachas desnudas
y borrachas me encontraban
y corrían tras de mí gritándome cochino, cochino.
Eso me deleitaba, me causaba placer.
Parecía recordarme la casa grande de la infancia,
con su alta puerta de roble
mirando hacia el jardín de las hortensias y astromelias,
donde se conservaba la serenidad y la belleza
que solo invadía mi madre
al perseguirme con sus gritos estentóreos.
Yo, que tuve haciendas y peones,
que fui dueño de retroexcavadoras y máquinas pesadas
que taladraban el asfalto y levantaban altas torres
en esta ciudad,
un importante hombre de la construcción.



Santiago Rodas

Mónica la bella

Tuve la fuerza de la belleza que poco a poco fueron limando
el bar y las horas de trabajo.
Por mi atractiva figura pude elegir con quiénes iba a la cama.
Pero Fabio fue mi único amor.
Lo mataron con otros la noche que robaban en
el almacén eléctrico de Carabobo con Juanambú.
Durante largo tiempo me pareció verlo que llegaba en la noche,
vestido con su pantalón blanco (que tanto me gustaba),
su barba bien afeitada,
y entraba a la sala donde las muchachas esperábamos.
Ahora que estoy vieja y sola
(hijos no tuve),
acostumbro entrar en la tienda de licores
que queda detrás de la iglesia de La Veracruz,
donde las coquetas intentan atraer a los transeúntes
con sus caderas pálidas y sus ojeras de caballo.
Dibujó frente al espejo con el lápiz la raya de mis cejas
y salgo a la calle. La misma calle Boyacá
donde ya nadie me recuerda.
Tres cuadras abajo
hace más de cuarenta años yo era la reina.
Los amigos con los que me gustaría hablar ya están muertos.



Alejandra Congote

Margarita, la mujer de Willian el mellizo

En el pueblo fui rebelde. Fumaba marihuana.
Cuando llegué a la casa,
desde un comienzo Willian
(el mellizo, el tercer hijo de doña Resfa),
me gustó por guapo y entrón pa lo que fuera.
¿Quién dijo que dos ladrones viciosos de yerba
no podían amarse?
Eso hacíamos él y yo:
amarnos y robarles a los clientes,
a las muchachas y a la “caja verde” de doña Resfa,
y desaparecer después por algún tiempo.
Pero como la dicha no es para siempre,
todo acabó el día en que por celos
me arrojé al suelo y me golpeé,
dejándome de cama.
Ofendida desaparecí de la casa
sin decir nada a nadie,
y me fui a una pensión del centro
de donde salía por las noches a conseguir.
Willian siempre creyó
que había regresado a mi pueblo, pero qué va,
yo llamaba furtivamente y preguntaba por él,
sin que me lo pasaran.
Cuando me enteré con rabia y putería
de que lo habían matado,
caminé detrás del cortejo fúnebre,
llorando desconsolada por el que fue mi único amor.



Silvana Giraldo

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

En el cementerio de El Cairo viven más de un millón de personas. El lugar, que recuerda viejas tradiciones faraónicas, se ha convertido en un tugurio improbable donde la gente convive con generaciones de muertos.

por MARCELA BARRIOS

Fotografías por la autora

La Ciudad de los Muertos es el cementerio musulmán más grande del mundo. La gente dice que es tan grande que no se sabe dónde termina. Sus entrañas llenas de mausoleos, tumbas y bóvedas tienen más de un millón de habitantes. En esta fascinante zona de la ciudad de El Cairo los muertos llegan todos los días y los sepultureros cavan mientras los habitantes duermen, se levantan, comen, salen a trabajar, rezan. Hay panaderías, cafés, mercados y mezquitas: una vida corriente, sino fuera por el sustrato que lo sostiene todo. Los niños se crían en medio de las cabras y las tumbas, que llevan inscritos los nombres de viejas estirpes de Al-Qahira, o La Victoriousa, como era llamado El Cairo en los tiempos prósperos y lejanos de la era musulmana.

Urbe en el seno de la urbe

Todo comenzó cuando Egipto perdió el Sinaí en la Guerra de los Seis Días en 1967. Israel ocupó el triángulo desértico que desde la antigüedad conectaba Egipto con Siria y Palestina, y las familias egipcias que habitaban los pueblos de arena del Sinaí tuvieron que desplazarse a otras regiones del país. Por supuesto, muchos llegaron a El Cairo, que era ya la ciudad más poblada de África. El alojamiento escaseaba y muchos desplazados solo encontraron una opción en el viejo cementerio. Desde entonces nadie ha podido sacarlos. No importó que Egipto recuperara el Sinaí en 1979.

Desde el neolítico, en Egipto los cementerios se organizaban como pueblos para alojar la eternidad. Grandes ejemplos son el Valle de los Muertos o la necrópolis de Memphis donde se levantan las misteriosas pirámides. La costumbre de velar los restos de sus antepasados les llevó a construir mausoleos de dos y tres piezas habitados por guardianes. Frente a la sobrepoblación y la crisis de vivienda en la ciudad, muchas familias siguieron el ejemplo de los desplazados del Sinaí. En medio de las tumbas se construyeron escuelas y hasta un hospital con oscuros presagios. Las tumbas se han vuelto tan apreciadas que tienen, además de habitantes vivos y muertos, promotores inmobiliarios.

Para los occidentales la idea de vivir sobre el territorio de los muertos solo es posible en las ficciones de terror, como en el célebre filme *Poltergeist*, donde los muertos le hacían pagar cara la invasión de sus dominios a los vivos. En El Cairo esta fantasía es un hecho, y la relación que establecieron los vivos y los muertos es tan llevadera y tan pacífica que podría ser la envidia de cualquier copropiedad horizontal.

Copropiedad horizontal

Si los egipcios son capaces de vivir entre las tumbas es porque tienen un concepto de la muerte diferente al del islam tradicional y al del cristianismo copto; una idea faraónica proveniente de una fabulosa historia de amor que forjó el alma del antiguo Egipto: el mito de Isis y Osiris. Cuando el dios Osiris fue asesinado por su hermano Set, su esposa, la diosa Isis, buscó sus restos desperdigados a través del alto y del bajo Egipto. Logró ensamblar los pedazos de su amado y le devolvió la vida. Pero la muerte es rotunda, incluso cuando se trata de un dios, e Isis pudo revivirlo solo el tiempo suficiente para concebir un hijo. De ese amor improbable nació Horus, con cabeza de halcón, que llegaría a ser el dios más amado del pueblo de los faraones. Así se amaron Isis y Osiris, él reinando en el inframundo y ella en la vida.

Esta relación fundó la concepción atávida de que la vida y la muerte se tributan la



una a la otra. Es por esto que los dueños de las tumbas aceptaron que desplazados de guerras y miserias se instalaran a vivir y cuidar los cuerpos de sus antepasados. De tanto ver esqueletos la gente empezó a considerarse especial, y tal vez sea esta certeza la que les permite sobrellevar la marginalidad. Algunas tumbas deben pagarse y otras son gratuitas. A menudo se encuentran tumbas de una decena de metros cuadrados que albergan hasta diez personas. Otros alojamientos son solo tugurios que se fueron construyendo alrededor y entre las tumbas, como es el caso de la vivienda de Dou'a Aziz Barham.

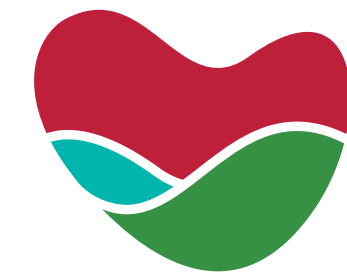
Dou'a

En el muro Oeste, que demarca el límite de la necrópolis, viven Dou'a y su familia, en un rancho vecino a un mausoleo. Dou'a extiende la ropa limpia en el lavadero que comparte con otras familias. Me saluda jovial con el tradicional "Salam Aleykoun" (La paz sea contigo). Ella y su marido nacieron en los suburbios de El Cairo, y cuando tuvieron sus dos hijos, hoy en la pubertad, encontraron en la Ciudad de los Muertos la casucha de lata y madera donde habitan. Pagan al dueño del mausoleo noventa libras egipcias al mes, que equivale a doce dólares. Ella está convencida de que la grandeza de Alá les permite vivir entre los muertos y no en los apretujados e insalubres tugurios de otras zonas de la ciudad: "la mayoría de nosotros no tiene más remedio, pues encontrar alojamiento en El Cairo es caro y casi imposible. Aquí estamos mejor que en los barrios pobres. Podemos servirnos del agua de un lavadero que compartimos con otras tumbas, y como la mayoría de las tumbas vecinas tienen electricidad, podemos conectarnos".

Pero aunque Dou'a no le teme a los muertos, sí le teme a la peste. Lo más difícil para ella es convivir con el olor de la cadaverina, ese perfume impune que despiden los muertos, al que ni el olfato más tenaz podría acostumbrarse. Los muertos, en cambio, no parecen molestarse con el murmullo de los vivos. Dou'a me dice que es bueno que los difuntos escuchen los versos del Corán que pasan por la radio, los gritos de los chicos y los balidos de las cabras. A ellos ya no les impresiona nada. No se perturbaron con el levantamiento de los mamelucos, ni con la invasión otomana, la ocupación inglesa o las guerras contra Israel; tampoco con el furor y la cólera que sacuden la capital egipcia desde el 25 de enero de 2011, cuando cayó Hosni Mubarak. Hace poco Mohamed Morsi también debió abandonar su palacio, y los muertos ni parpadearon.

Del minarete de la mezquita vecina sale la llamada al rezo, que celebra con un portentoso melisma la grandeza de Alá. Como es costumbre, tres veces al día los hombres piadosos dejan de fumar sus narguiles y entran a las tumbas que les sirven de hogares para arrodillarse sobre las alfombras y orar. Es el rezo del crepúsculo, y La Ciudad de los Muertos se prepara para descansar. La cotidianidad persiste aunque en la capital se esté librando la más feroz de las luchas por el poder entre los militares, las fuerzas democráticas y los partidarios del islam político.

A esa hora la arena dorada del desierto norafricano que flota en el aire se torna rosácea, y El Cairo se pone tan bello que pienso que justo en un lugar así, donde en promiscuidad la vida convive con la muerte, y en un momento así, cuando el sol comienza a abrirles paso a las tinieblas, Isis y Osiris debieron haber consumado su unión milagrosa. ☪



Medellín
todos por la vida

"Esta feria es con todo el corazón"

feriadelasfloresmedellin.gov.co

Feria de las Flores
Medellín
2 al 11 de agosto de 2013

Luis Alfonso Rave Cruz
Silletero de Santa Elena.

CÓMO ESTÁ LA VAINA SIN EL COMANDANTE

por GABRIEL MATA GUZMÁN

Ilustración: Alejandra Vélez Giraldo

Tuve un *flashback* en la autopista del llano venezolano vía Cúcuta. Los postes de luz, forrados en propaganda política, mostraban a lo que ha sido sometida esta república bananera durante más de una década: propaganda. Ahora, bigotes por todos lados como distracción. No es para menos: el “redentor” se ha esfumado, y con él la esperanza de muchos que no encontraban salida a la opresión del “capitalismo yanqui” y al “engaño” de la Cuarta República. Lo han perdido todo. Bueno, casi todo.

Recordé que cuando se anunció su muerte no había servicio eléctrico en la casa. Así pasó en muchas partes del país. A través de la cadena nacional de radio y televisión la noticia se regó entre quienes tenían luz, y pocos minutos después del anuncio gembundo de Maduro, “radiobemba” suplió la congestión masiva de las telecomunicaciones. Ese fue el cierre de la era A. Ch. en la historia de Venezuela. La transmisión del ministerio de información se dio en la tarde del 5 de marzo. El comandante “cruzó la línea” a las 4:25 de la tarde. Se lo llevó “La Pelona”.

Inmediatamente, saltaron los corchos de champaña en Doral, Miami, era el momento de la celebración; sonaba el gas aprisionado en las botellas. Llevaban más de una década esperando. “¡Fiesta Carajo! ¡Se murió el hijo de puta!”, decían empujándose el cáncer y la muerte del que alguna vez le dijo “*donkey*” y “*mr. danger*” a George W. Bush. El mismo que circula ahora en panfletos callejeros como Chávezcristo: El protector de los pobres.

Después de lo esperado e inevitable, la imagen de quien ya era un ícono se mitificó hasta extremos grotescos. Las estrategias de comunicación y el enorme volumen de más de quince años de propaganda habían cobrado su sueldo. Incondicionales y disidentes sintieron un vacío. Por la ausencia, por la incertidumbre. ¿De quién se mofarían ahora los comediantes? ¿Quién protegería a los desposeídos del apetito voraz de la oligarquía? ¿A quién culparíamos cuando la electricidad se asentara? ¿A quién agradeceríamos la comida subsidiada e intermitente en los anaqueles?

Por esos días se pudo ver el efecto real de la muerte del hombre. Se agravó el culto a la personalidad y se afinó el mesianismo representado por sus herederos. Aún muchos bromeaban citándolo, amenizados por la escasez y el olor a caca del agua del grifo: “¡Tenemos Patria, no joda!”. Es un panorama entre virginal y desolador. Entre inocente y nauseabundo. Un pobre país rico minado de retratos y grafitis con el rostro del Comandante en todas sus localidades. Miles de pendones en todos los faros y autopistas, gigantografías millonarias: su sonrisa, un abrazo a la anciana sin dientes, un beso al bebé campesino, un joropo zapateado. Así se pudo ver

en todas las localidades durante el viaje de doce horas hasta la capital fronteriza de Norte de Santander.

Salimos a las cuatro de la mañana de Maracay—ciudad cercana a la capital venezolana— con destino a Cúcuta, para hacer unas diligencias. Armados con la oscuridad y una tanqueada de gasolina a dólar, rodamos sin contratiempos por la principal arteria vial del país de Bolívar y por las carreteras del llano. Una buena ruta para contemplar los restos inconclusos de las obras del gobierno del Comandante; las vías de un tren a medias que empezó a prometerse desde el año 2000, por ejemplo. Rieles adornados de vinil alusivo al Socialismo del Siglo XXI, la quimera que algunos románticos siguen esperando.

El ferrocarril tiene varios tramos, de los cuales solo se ha concluido uno. Dicen desde las entrañas del monstruo que “es la cagada más grande entre las obras que se han hecho en Venezuela”, y que “los chinos nos están robando descaradamente y tienen una megacorrupción con los altos funcionarios del gobierno”.

Asimismo, en las autopistas, sobre gigantes terrenos, se ven inmensas vallas publicitarias que indican, en tono entre retador y justiciero, la cantidad de hectáreas ociosas expropiadas por Robin Hood. Después de varios años, se mantienen en la tranquilidad de las malezas. Estos son solo fragmentos de la realidad; pero también radiografías que explican en pleno la situación venezolana.

El recorrido se extiende por varias horas, y al fin.

Llegamos a San Antonio del Táchira, una localidad venezolana donde los habitantes son más colombianos que otra cosa. Luego, pasamos el puente Simón Bolívar, y cuando tuvimos que cambiar bolívares a pesos para pagar un peaje colombiano, un taxista santandereano confirmó nuestros temores sobre la tasa de cambio: “¡Se murió Chávez y murió el Bolívar!”. No supe si reír o llorar.

Algo había de cierto en su burla: los dos venían en picada desde hacía tiempo. Hace catorce años los venezolanos hacían fiesta de compras en Colombia. Hoy, con la tortilla volteada, los colombianos hacen rumba sin problemas en tierras criollas. La relación entre las dos monedas, peso-bolívar, invirtió su proporcionalidad, hundiéndose un poco en el descalabro económico del socialismo pregonado por el Comandante.

Hay quienes dicen que Venezuela es una cápsula de tiempo que se quedó enterrada en las entrañas de Pachamama. Yo digo que es una máquina del tiempo que viajó al pasado y se trajo sus demonios para instalarlos en el presente. Se ve en la infraestructura de toda la extensión venezolana, que



está estancada en los setenta, copiando modelos económicos guevaristas y cultivando terratenientes como en los noventa. Un cóctel de lujo, hervidero de ignorancia y vivacidad.

Al franquear la frontera el cambio es casi inmediato. De las casitas tipo colonial y los locales con fachadas mal pintadas de Venezuela, se pasa a otro mundo, el surreal. Deslumbrante para un venezolano, común para un colombiano: la casa de Santander, con aire histórico, bien cuidada; la señalización en su puesto, los gaminos en cada esquina, el aura de negocio cambiario. Todo de otro mundo, desconocido para quienes estamos acostumbrados a una economía estreñida. Así, la burbuja fue espichada. Al llegar al hotelito baratonero cercano al aeropuerto de Cúcuta, el impacto económico esfumó la bruma surrealista. Medio salario mínimo se nos fue como agua entre las manos por el tipo de cambio que corroe el bolsillo venezolano. Los expertos dicen que el único lugar donde aceptan bolívares en el mundo es en Cúcuta, y de vaina.

“¡Salud!”, dijimos bebiéndonos una cerveza imaginaria en el hotelito después de la dura faena del viaje. Esperábamos volver el día siguiente a nuestra zona de confort, donde el salario nos rendía un poco más y la ilusión de estar en un país con grandes estadios de fútbol era eso, una ilusión; donde la cara del Comandante nos mira con su sonrisa mordaz y nos dice que la corrupción es un mal del pasado, aunque el Barómetro Global de Corrupción diga que el 65 por ciento de los venezolanos piensa que la plaga se ha agravado en los últimos dos años. El tercer país más corrupto del Latinoamérica, detrás de México y Bolivia; el mismo que el año pasado era el noveno más podrido del mundo.

Pero eso es normal, ya estamos acostumbrados. Porque tenemos patria. Una patria devaluada que es capaz de aprobar créditos adicionales en la Asamblea Nacional para importar papel higiénico.

Tuvimos que partir a la mañana siguiente de la hermana república, la hermosa Colombia. Estar allí era un reto para nuestras cómodas costumbres y bolsillos rotos. Estábamos adiestrados para estar en una hamaca a la orilla de la playa y tener una gasolina ridículamente barata. La delincuencia, anarquía y corrupción nos recibirían de vuelta con los brazos abiertos. No hay problemas, es casi “el mar de la felicidad”.

De vuelta en Venezuela nos dimos cuenta de que aquí pesan más el poder mediático y las ironías que nos venden contrastadas en los noticieros. Somos una patria grande, independiente. Todos hijos del Comandante. Y tenemos un sabor agri dulce en los labios, ya que siempre nos queda la risa amarga porque no hay suficiente pollo, porque un kilo de carne es un golpe a la billetera. La mercadotecnia mística es el verdadero pan diario: un rosario con un crucifijo y la cara del Comandante en el centro.

A su salud, hermanos colombianos. Ustedes tienen las vallas de Pachito y nosotros un grafiti de Jesucristo con una metralleta. ☺

Mi padre, el patrón de mi hermano mayor desde que este asumió la conducción del camión de la familia, es ahora, a sus 81 años, el ayudante más viejo de la Feria de Ganados de Medellín. Eso le dije antes de que se presentara una de las escenas más recurrentes en mi familia desde que ampliaron la calle 30 y ya nunca más se pudo estacionar el camión junto a la casa: mi padre y mi madre, parados uno al frente del otro, a la espera del camión que trae mi hermano desde uno de los parqueaderos del barrio, para dar inicio a otra de sus jornadas laborales. Ella, en la puerta de la casa y él, en la otra acera, dispuestos en una especie de calle de honor que solo se disuelve una vez mi padre pisa el estribo y abre la portezuela del carro, mientras mi madre les lanza una bendición tipo *urbi et orbi*, la bandera de partida para que el camión y sus tripulantes se dirijan un día más hacia la Feria de Ganados.

“¿Es que no tenés trabajito?”, me preguntó. Ni él ni yo perdemos ocasión para reprocharnos la mutua falta de interés que hemos mostrado por nuestros respectivos oficios. Le expliqué que había unas becas de la Alcaldía para escribir sobre lugares o gente, y que la Feria de Ganados me parecía un buen sitio para encontrar historias; pero, claro, la aparición del camión se robó enseguida su atención: “Vea el carro, ¡cómo está de bonito! Y saber que cuando lo trajimos era un carro curtido, triste. Los choferes son los choferes... Un camión, para que se vea alegre, tiene que manejarlo el dueño, si no se vuelve una tumba con ruedas. Usted cree que yo me la gano sentado, y no es así...”, me dijo antes de subirse, lo que indicaba que la presentación de mi proyecto lo había movido en algo. Solo quedaba entonces contarle todo a mi madre para que ella le pusiera su toque secreto al asunto, al decirle, como tantas otras veces: “vea, mijo, saque el rato y colabórele a Juan”.

Mi padre, o “Romero”, como le dicen todos en el barrio y en la Feria de Ganados, nunca se ha puesto unos *jeans* ni ha usado tenis. Él siempre va de pantalones y camisas formales, aunque desde hace unos quince años, cuando le entregó el camión a mi hermano, después de que le negaron la licencia por problemas en los ojos, le adicionó a su vestuario una boina militar y unas botas de obrero: “yo ya me acabé, pero no por eso voy a ponerme bluyines y unos quesitos en los pies. Eso es deshonesto con uno”.

“Deshonesto”, “noble” y “preparado” son sus palabras favoritas, y las tres le resultan muy útiles para moverse entre el mundo de los humanos y el de los camiones. “Deshonesto” es, por ejemplo, el término que emplea para referirse al vestuario exhibicionista de una mujer, al cabello largo de un hombre y al cura que predica a muy bajo volumen durante la misa del domingo; pero también le sirve para designar al camión que lleva mucho tiempo sucio, huérfano, según sus palabras. “Noble”, por su parte, es a sus ojos aquella persona que camina con seguridad y además habla en tono moderado o es capaz de tutear con naturalidad; y lo es, igualmente, el camión sobrio, sin calcomanías o exceso de biselés o adornos. Mientras que “preparada” es la persona que va bien trajeada o que responde con gran seguridad en un programa de radio—no le gusta ver televisión—, aunque también usa esta palabra para referirse al camión que puede meterse por carreteras difíciles e ir a sitios remotos sin presentar problemas mecánicos durante largo tiempo; para él, este tipo de camiones merecen llamarse “preparados” o “guapos”, lo mismo que sus choferes.

Durante las conversaciones con mi padre, este no paró de decirme que la Feria de Ganados ya no era la misma de antes. Mi hermano era todavía más enfático: “búsquese otro tema, la Feria ya se acabó”. Pero esa no fue la sensación que tuve al llegar hasta “El Patio de Arriba”, como todos llaman a esa inmensa explanada de asfalto que antecede a la entrada, en el que había unos cuarenta o cincuenta camiones vacíos, ubicados de a ocho o diez en hileras dobles, mientras sus choferes y dueños se rebuscaban un viaje adentro.

Cuando me bajé de la moto, mi padre aún le avisaba a mi hermano para que cuadrara el carro de la mejor manera. Y mientras avanzaba hacia ellos, lo vi girarse para dar más indicaciones al conductor de un viejo camión que se disponía a partir. Los movimientos de sus manos, la boina y su flacura de toda la vida—mide 1,73 y su peso siempre ha estado cerca de los 65 kg—lo hacían ver como un anciano, perdido mentalmente, que se las daba de guarda de tránsito en aquel inmenso patio; pero una vez escuché sus gritos, recordé una de sus respuestas de la primera noche que hablamos de este proyecto: “a mí no me gusta ver sufrir a los animales, no ve que antes de ser camionero yo fui campesino y arriero”. La entonación de su “hágale, hágale, ale, ale, ale, ale...” tenía mucho de arriería, aunque no hubiese ningún animal por allí. Los gritos no cesaron ni cuando lo sorprendí al ponerle la mano en el hombro, pues, como si lleváramos juntos muchas horas en ese lugar, en vez de saludarme me dijo: “vea la nobleza de ese camión. Ningún carro voltea las llantas tan hermoso como un Ford 56”. “Es igualito al que teníamos en la casa”, fue lo único que atiné a responderle.

“Con el Ford 56 los crié a ustedes”, me había dicho también la noche anterior. Y en efecto, una de las cosas que más recuerdo de mi infancia es la imagen de ese camión Ford 800, de color azul y carrocería de estacas en tono marfil,

Pero tal vez el recuerdo que mejor describa la relación de mi padre con ese Ford 56 es el de la ocasión en que la guerrilla armó un retén cerca del municipio de Valdivia. Pintaron consignas en todos los carros que lograron detener, menos en el camión de mi padre, porque uno de los jefes les dijo a los del aerosol: “dejen limpio el de este señor, que es de los poquitos que se mete a cuanta trocha hay”.

El camión de la familia

por JUANGUI ROMERO TORO

Fotografía: archivo familiar





con motor a gasolina, que él había tenido durante 24 años y había comprado cuando yo todavía era un bebé; por cierto, era mi única tabla de salvación en medio del pánico que me invadía durante las noches, cuando tras la ventana de mi cuarto, que daba a la calle, la gran luz del alumbrado público convertía la pared de enfrente de mi cama en una gran pantalla por la que desfilaron toda clase de sombras. Por fortuna, cada vez que el camión llegaba era el fin de la proyección, pues mi padre no se bajaba del carro hasta no ubicarlo justo enfrente de la ventana. Mi tranquilidad provenía, entonces, de apreciar desde la cama cómo la carpa oscura que cubría la carrocería bloqueaba progresivamente la entrada de la luz, mientras mi padre reversaba el camión con suma lentitud; además de volver a sentirme acompañado, yo veía cómo todo el cuarto se oscurecía en una suerte de eclipse artificial que duraba hasta la llegada del sol.

Mi hermano Isafas casi nunca se despertaba cuando mi padre llegaba. Yo, en cambio, esperaba que el motor se silenciara, como si esa fuera la señal para salir corriendo, descalzo y en pijama, a pesar de los gritos de mi madre, a ayudarlo a mi padre y a su ayudante a entrar lo que hubieran traído del viaje: un racimo de plátanos, un bulto de panela, un bloque gigante de queso costeño, bolsas llenas de naranjas o de mangos, o incluso, en una ocasión, un ternero que había nacido dentro del camión.

De alguna manera, ese carro azul se convirtió en otro integrante de la familia, algo así como tener un elefante de mascota. Era una máquina enorme cuya limpieza semanal interrumpía mis partidos de fútbol y se convertía, a la par, en el deporte favorito de mi hermano. Cuando él y yo entramos a la secundaria, el ayudante de mi padre se había ido a manejar otro camión, así que todos los domingos, sin falta alguna, los tres —mi padre, mi hermano y yo— nos dedicábamos unas ocho horas a lavarlo, tiempo durante el cual mi padre me enseñó, al estilo del señor Miyagi, el anciano maestro de la película *Karate Kid*, la importancia de estregar y estregar, con gran aplicación, la mierda que dejaban los novillos en cada una de las tablas de la carrocería. Mientras que lo mío era la parte trasera del carro, mi hermano y él se las veían con el motor y las latas. Puede ser que desde entonces se haya



mi cuarto, una fijación que por fortuna ya había abandonado. Al día siguiente, el camión sería sitio de peregrinaje de todos los vecinos del barrio.

Pero tal vez el recuerdo que mejor describa la relación de mi padre con ese Ford 56 es el de la ocasión en que la guerrilla armó un retén cerca del municipio de Valdivia. Pintaron consignas en todos los carros que lograron detener, menos en el camión de mi padre, porque uno de los jefes les dijo a los del aerosol: “dejen limpio el de este señor, que es de los poquitos que se mete a cuanta trocha hay”. Es decir, según el diccionario de mi padre, el carro de la casa se había salvado por ser un camión “preparado”, “guapo”, “noble” y “honesto”. Le conté mi interpretación de lo sucedido en Valdivia para ver qué otra historia me soltaba, pero él solo respondió: “el camión azul es el carro que más me ha querido”.

Mi padre vendió ese Ford 56 en abril de 1998. Para entonces era imposible sostener un camión que trabajara a gasolina, y, además, los patios de la Feria de Ganados habían comenzado a llenarse de nuevas jaulas ganaderas, muchas de ellas de marca Internacional, con motores tipo diésel, de mucha más capacidad y mayor rapidez y potencia. Muchos de estos nuevos carros eran conducidos por dos choferes que se relevaban durante los viajes, de manera que casi nunca paraban, para que sus dueños pudieran librar la inversión lo más pronto posible. Mi padre y sus colegas de toda la vida vieron entonces cómo emergía una nueva generación de choferes que rompía con sus principios, pues se caracterizaban por conducir a gran velocidad, llenar de adornos los carros y preocuparse más por mantener las llantas embetunadas, los biseleros y los rines muy brillantes y el radio a todo dar, que por el estado de los motores; una nueva generación de choferes que veteranos como mi padre calificaban como “chiflados”.

Él, sin embargo, intentó conservar lo más que pudo su Ford azul, y para ello, a despecho de su patrimonio, le hizo alargar tanto el chasis como la carrocería, con el ánimo de igualarlo a los carros nuevos, aunque la diferencia, más que en la capacidad, estaba en el motor. Así las cosas, tuvo que venderlo, pues los costos de adaptación de un motor diésel eran similares al valor total del camión, algo que él no acababa de comprender, ya que solo unos años atrás, en los ochenta, muchas personas solían abordarlo con la idea de comprarle el carro para revenderlo a algún coleccionista o mafioso que valorara la redondez de su línea clásica y, sobre todo, sus cuidadas latas. Tanto en la Feria como en el barrio era un decir que ese camión se prestaba como ningún otro para “engallarlo”, un verbo a todas luces irreconciliable con la visión

personal de mi padre: “todo gallo que usted le ponga a un carro se vuelve después un parche. Hasta ahora no he visto ni calcomanía ni bisel que no terminen despintados o no se caigan”.

Cuando lo vendió se puso muy irritable, y solo mi madre se atrevía a alentararlo, al decirle una y otra vez que las ánimas del purgatorio sabrían mostrarle cuál carro comprar. La negociación no le había dejado mucho dinero y, para colmo, todo camión que le ofrecían hacía parte de una herencia, tenía problemas de papeles o su procedencia no era transparente. Por esos días no le gustaba irse temprano para la Feria y le daba por barrer y trepar la casa, pero su colaboración muy pronto se convirtió en la interventoría más rigurosa que todos pudiéramos enfrentar. El primer paso de su método consistía en amontonar todos los muebles y las camas en los pasillos: “¡Vean estas baldosas de aquí, se ve que no las ha tocado una trapeadora en muchos años!... ¡Qué son todos esos libros en esta cama! Si siguen trayendo más basura, vamos a tener que irnos a dormir debajo de un puente”, nos decía mientras se movía por los cuartos como un león enjaulado.

“Deje eso así y váyase mejor para la Feria, que de pronto allá algún chofer le inicia un carrito que le guste”, se defendía mi madre. Pero él enseguida la cogía contra toda la gente de ese lugar, incluidos sus amigos de toda la vida, los únicos capaces de despertarle algo de nostalgia cuando en las tardes de los 31 de diciembre, mi madre, muy emocionada, le anunciaba que Bedoya, “Nandito”, o cualquiera de ellos, lo aguardaba en el teléfono para darle el feliz año: “qué nobleza la de este güevón, llamarle hoy; dígame que ya paso”, le respondía a mi madre. Pero ahora, en medio de la angustia, su opinión era muy distinta: “a qué va ir uno allá. En la Feria, si usted se descuida, hasta el más buena gente lo tumba; allá el que va con plática sale pelado, y el que va sin un peso sale millonario. Ahora que no tengo camión todos se volvieron comisionistas, lo invitan a uno a gaseosa y por ahí derecho le ofrecen cualquier *juagadura* de carro”, contestaba.

Mi padre veía en todos lados su Ford azul; o, mejor dicho, no lograba ver en ningún sitio un carro que al menos se pareciera a su Ford azul. Mi hermano, recién graduado de chofer, se la pasaba lejos de la casa, sin meterse en nada, por un excesivo temor a cargar con el peso de una sugerencia que luego resultara errónea. Yo era entonces quien acompañaba a mi padre los fines de semana a la Plaza Mayorista o a las zonas industriales de la ciudad, con la ilusión de encontrar el nuevo camión de la familia; pero tales recorridos no hacían otra cosa que confundirlo o, peor aún, confundirnos, porque mientras caminábamos en medio de los camiones sus comentarios oscilaban entre los de un experto en moda y los de un jurado de una muestra equina o de un comentarista taurino: “vea ese camión tan mal parado, los troques se parecen a los zapatos que usa su mamá; y mire la carrocería de ese otro, parece una cartera abierta; y vea ese Dodge rojo, un carro avisado, pero muy cortico, no sirve para cargar ganado...”. Para remate, a veces me decía con la voz quebrada: “a mí, hijueputa, me salaron”, mientras se rascaba la cabeza con fruición.

Sin embargo, casi tres meses después de haber vendido el camión azul, mi padre, por fin se atrevió a comprar un Dodge costeño. No es que en la costa colombiana se ensamble esta marca, sino que cuando los dueños no son muy conocidos entre los camioneros de la Feria los carros suelen etiquetarse por el sitio de donde provienen; y a la Feria de Ganados llegan muchos camiones de la costa norte, sobre todo de Córdoba y Sucre, y también de Santander, pues

en ocasiones los precios del ganado en Medellín superan los de esas zonas. Lo cierto es que ese camión marca Dodge, motor diésel, modelo 80, de color blanco y carrocería de estacas en tono gris, duró tres días en la casa. Mi padre lo devolvió a su anterior dueño cuando todavía no se habían diligenciado los papeles, aunque esto le significó pagar una multa por incumplir con el acuerdo de compraventa, que ya se había cerrado. Según él, ese carro no se dejaba limpiar. Todavía recuerdo lo enojado que entró a la casa después de haber ido con mi hermano a ensayarlo durante un corto viaje. Lo vi pasar por el lavadero, aventar el dulcebrigo y sentarse en la cocina con la cabeza entre las manos; y de pronto, mientras se tomaba la tercera de las ocho tazas de café que se bebe en el día, comenzó con uno de sus inapelables monólogos teatrales: “ustedes creen que es güevonada mía, pero ese carro no se deja limpiar. En el Ford, yo me apoyaba en un guardabarro o en el estribo, y desde ahí llegaba hasta el techo o a toda la tapa; pero este parece una puta lata de sardinas. Y además, ese hijueputa tiene el motor en la cabina; uno lo prende y ahí mismo se vuelve un horno. Ese carro no tiene nobleza; ahora mismo lo voy a devolver, así pierda plata”.

Así las cosas, el carro regresó a su anterior dueño y mi padre quedó otra vez mirando para el techo; o peor, con la cabeza en el techo, pues ese mismo procedimiento lo repetió con otro par de carros. Los ensayaba, cerraba el negocio, y por la noche se transformaba en un adolescente que da vueltas al teléfono mientras piensa qué va a decir cuando repique el aparato; en este caso era cómo decirles al ilusionado vendedor y, sobre todo, al desesperado comisionista, que ya no habría venta. Hasta que previo monólogo, otra vez inapela- ble, nos informó a todos que recuperaría su viejo camión.

Pero este había sido transformado en un planchón, es decir, le habían quitado gran parte de la carrocería, pues su nuevo destino consistía en movilizar materiales y varillas para la construcción. El reencuentro fue sumamente doloroso para mi viejo, a tal punto que sus palabras, “al carro lo destruyeron”, nos hicieron pensar a todos en un accidente definitivo; aunque luego agregaría, para mayor confusión nuestra: “lo motilaron como un gamín; no le dejaron sino el piso de la carrocería”. Pero



Esta crónica es tomada del primer capítulo del libro *Vidas de feria* que publicará próximamente la editorial de la Universidad Eafit. Hace un año, este mismo trabajo de Juanguí Romero Toro, ganó la novena convocatoria de las Becas de Creación Artística de la Alcaldía de Medellín en la categoría de periodismo narrativo.



como no hay mal que dure cinco meses, apareció un camión modelo 71, marca Dodge, que, según mi padre, nunca lograría borrar la imagen del viejo Ford azul. Hoy, cuando también hace parte del pasado familiar y yo hago de escribano en esta historia, debo agregar que ese carro amarillo, con carrocería de estacas en tono blanco-hueso y motor diésel, llevó con mucha más solvencia de la que todos en la casa esperábamos las implicaciones de ser “el camión de la familia”. Lo hizo durante casi doce años, pues apenas en julio de 2009 los rumores de una modernización en el transporte público colombiano precipitaron su partida.

No es común que mi padre llegara a las diez de la mañana a la Feria de Ganados, y eso lo percibieron muchas de las personas con las que nos cruzamos aquel día; poco hizo falta para que yo le sugiriera colgarse un letrero que explicara que venía del taller, según la frase que más usó, y me presentara como su hijo menor, “el estudiado”. Yo lo seguía, mientras intentaba recordar esas pocas veces que lo había acompañado por esos mismos corredores, cuando todavía era un estudiante de colegio.

Aunque él y mi hermano llevan trabajando juntos casi dos décadas, mi padre aún no le suelta la negociación de los viajes —o a mi hermano no le interesa apropiarse del trabajo, no lo sé—, así que es él quien se adentra en la Feria, mientras mi hermano se queda en el camión,

dedicado a alguna labor de mecánica preventiva, uno de sus pasatiempos favoritos. De modo que mientras mi padre cobra algún dinero que le audean por uno de los viajes, o se las arregla para que los comisionistas de ganado o los demás choferes se enteren de que está libre, sin trabajo a la vista, mi hermano tensiona los frenos o limpia los contactos de la batería, hasta que unos minutos después, unas horas más tarde o al finalizar el día, vuelven a encontrarse en los pasillos de la Feria.

Mientras acompañaba a mi padre en su recorrido matutino, trataba de recordar los apellidos de algunos de esos choferes que, al igual que yo, se esforzaban por evocar alguna escena que certificara que nos conocíamos de antes: “Romero, ¿éste era el mariquita que te ponía tanto problema para comer en carretera?”, o “Muy bien hecho, mijo, ¡siquiera no le gustaron los camiones!, estos hijueputas son un cáncer, o si no vea a su papá, ¡todos esos años aquí y no engordal!”. Esos eran los dos estilos de comentarios más recurrentes, que ellos soltaban a modo de tarjeta de invitación para que yo pudiera repetir el ritual de la infancia: oír sus desordenadas conversaciones mientras bebía una gaseosa a cuentagotas y veía cómo se nos iban las horas de cafetería en cafetería, de gaseosa en gaseosa. Porque mientras los ganaderos —la otra población numerosa en la Feria— suelen conversar o negociar sentados, al ritmo de unas copas o de un café, los camioneros no se aguantan mucho tiempo con las posaderas en una silla, y, si bien suelen reunirse en pequeños grupos para compartir un tinto o una gaseosa, siempre hay uno que desarma el grupo al llevarse a otro o a otros dos bajo el pretexto de contarles algo de gran importancia, lo cual provoca la burla de los demás.

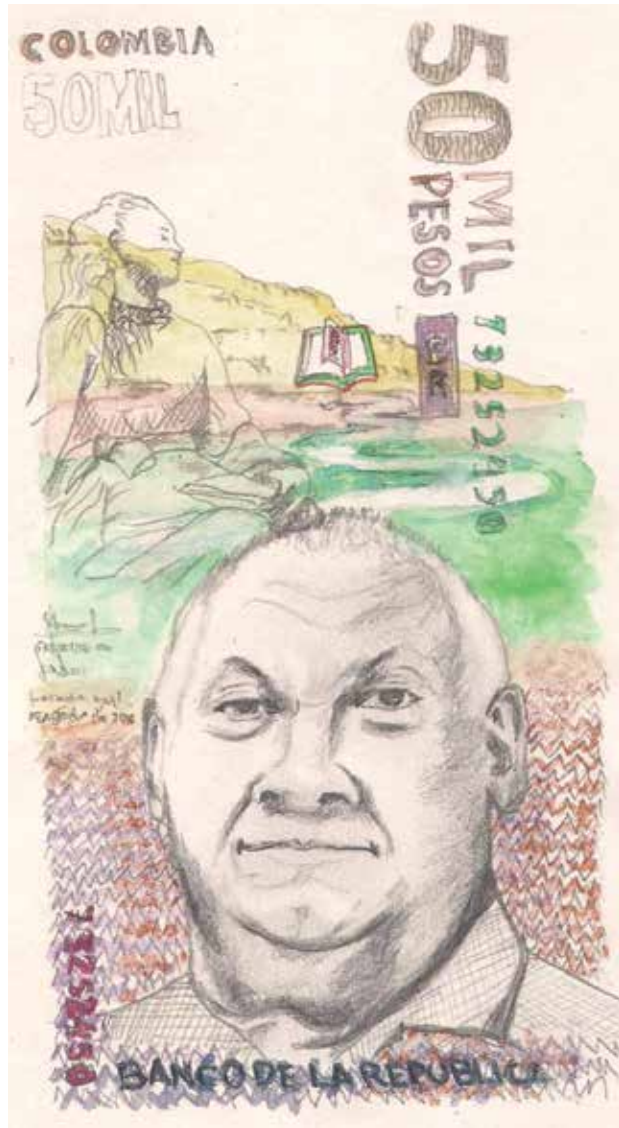
Los grupos de camioneros se caracterizan por comportarse con el desparpajo de una barra de jóvenes de esquinilla, pues conversan en voz alta, emplean palabras y gestos de grueso calibre, y, sobre todo, apoyan casi siempre uno de los pies sobre la pared, un ademán capaz de rejuvenecer incluso a mi padre, que a sus 81 años lleva veintitrés, treinta, cuarenta o más años que sus

compañeros consagrado a la rutina de ir semanalmente a la Feria de Ganados y salir desde allí hacia cualquier lugar, para regresar en todo caso a esos mismos pasillos, a esas mismas sillas, a esas mismas barandas.

Recostados sobre la cerca de tubos de hierro que demarca uno de los corrales, dos choferes conversan acerca de las bondades de una marca de llantas; a su lado, otros definen el *ranking* de los mejores mecánicos eléctricos de la ciudad; al frente, otros despotrican de los honorarios que recibieron por el último viaje; y veinte metros más allá, otro corrillo se renueva cada tanto, mientras uno de ellos recrea su última borrachera en el mejor bar de Barrio Triste, adonde todos van en busca de repuestos. En todos estos corrillos mi padre es recibido como una verdadera autoridad, una suerte de “vacasagrada”, menos en el que se discute sobre mujeres, a tal punto que, al verlo llegar, le dicen: “esto no es pa vos, Marianito”. (Lo llaman así porque tiene cierto parecido físico con el santo colombiano).

Cuando le pregunté por las “mujeres de la carretera”, me dijo, sin más, que esa es la mayor “deshonestidad” que existe, aunque me contó que había aprendido a manejar gracias a las putas. Muy confundido, empecé a imaginar a la mujer que lo animó a meter por primera vez los cambios de quien sabe qué viejo camión cuando apenas había dejado de ser un soldado, en 1956. Entonces me aclaró: “yo había comprado un Ford 51; pero como no sabía manejar muy bien, le tenía un chofer, Gutiérrez. Yo tenía pase, porque en esa época era fácil *chanchullarlo*, y al güevón ese le dio por quedarse tomando aguardiente con unas vagabundas en Puerto Valdivia. Más aburrido que el putas, me puse a apretarle los pernos a las ruedas delanteras, y en esas pasó Vacará, un compañero del ejército, y le conté todo. Él me dijo que me fuera detrás de su camión, y hasta ese día duró Gutiérrez. En esa época todo el mundo me tenía que ayudar a reversar en las fincas y en la Feria; hasta su mamá me llegó a avisar, para salir de la casa; pero ahí aprendí que las cosas de uno las maneja uno, y si no se puede, hay que dejarlas”.





Vida diputada

por MAURICIO SAMMER

Ilustración: Verónica Velásquez

“ Buenas tardes, señor Rodrigo Mesa, mucho gusto, me llamo Mauricio y quiero hacerle una entrevista para Universo Centro...”. Le suelto de entrada mi anuncio porque el hombre va caminando, y lleva como lastre una romería de personajes que, si no fuera porque son las dos de la tarde y todavía no me he pasado la primera birra por la garganta, juraría que es producto de mis alucinaciones. El diputado me mira y me estrecha la mano, de inmediato se da vuelta y les pregunta a sus seguidores: “¿Alguna vez les he pedido que voten por mí o les he dado plata por votos?”. “Nooo, nunca”, responde apresuradamente un hombre al que le faltan cuatro dientes, en cuya frente, angosta y curtida, se ven las huellas del sudor del mediodía.

Además del mueco veo entre los perseguidores a una vieja rechoncha de ojos tibios y movimientos bruscos, y a un hombre con largas patillas coloniales. El hombre lleva un sombrero blanco y una camisa por fuera de un pantalón de paño. Tiene la pinta de un cantante de rancheras venido a menos. También un cojo acompaña la correría; su pierna derecha parece la extremidad de un animal disecado. El colmo de la fábula son las historias de esos extraños seres a quienes Rodrigo Mesa llama “desamparados”. Algunos perdieron un hijo, o tienen hijos en la cárcel, y hay incluso hijos recién echados de sus casas; personas violadas, pacientes de sida, enfermos de leucemia, ciegos.

Siento un respetuoso temor por esa gente proveniente de algún submundo lejano de la percepción de nuestros limitados sentidos; un submundo, tal vez, incrustado en las profundidades de la tierra, como aquel que relató Martín en su *Informe sobre Ciegos*. Mesa, que camina despacio, soportando sus 120 kilos de peso, lleva en la mano izquierda un fajo de billetes de diez mil pesos que reparte uno a uno entre su séquito. Su figura, sus pasos cortos y pesados, su respiración con la boca abierta, lo asemejan en mi mente perversa a esos dioses gordos y holgazanes de la mitología japonesa que algunos hemos disfrutado en *El viaje de Chihiro*. Pero me aclara su rutina para mostrar que los políticos también muelen, así sea a su manera. A pesar de su edad y de sus problemas nerviosos, madruga todos los días en su casa de Envigado, escucha las noticias, intercambia opiniones con su esposa y sus cuatro hijos y luego se va para la Asamblea, la más devaluada de nuestras ágoras, donde se pasa la mayor parte del día atendiendo seguidores y discutiendo notas varias. Rodrigo Mesa Cadavid se acostumbró a trabajar desde los 17 años, cuando perdió a sus dos padres, Lázaro y Sofía. Él era un comerciante del Centro, callado, dadivoso; ella, una matrona de carácter recio que durante muchos años fue líder del barrio Mesa en Envigado.

En esa época, como el mayor de doce hermanos, el hoy diputado dejó el noveno grado, se inscribió en la “universidad del cambalache” y se hizo cargo de los negocios de su padre: mueblerías, cambiaderos de cheques, una confitería y otros establecimientos ubicados en la calle Junín y en el Parque de San Antonio. Faltan datos de otros municipios.

La entrevista no empieza. Rodrigo Mesa sigue avanzando con su andar acangrejado. Yo voy tras él, como un limosnero más; me uno a ese variopinto grupo de hipnotizados que ruegan por un billete de diez mil pesos. Somos las ratas detrás del flautista. El señor diputado se detiene y me busca. “Dónde está el periodista?”, pregunta. Al verme repite su muletilla: “¿Yo a usted le he pedido alguna vez que vote por mí?”, le dice a una anciana vestida con ropas rancias. ‘Liriecita’, de 78 años, viuda, habitante del Popular 1, responde: “no, no señor, nunca”. Ella es una de las más fieles seguidoras del político. “Yo me llamo Liria Rosa Muñoz, pero él me dice Liriecita. Lo conozco desde que era comerciante, hace más de 25 años, y siempre me ha ayudado —cuenta la pobre viejecita, y sus ojos denotan total sinceridad—. Yo tengo más años que él, pero para mí es como un papá”.

No es la única que piensa así, pues a Anatilde Bote-ro de Alzate, de 59 años, propietaria de un puesto de frutas a las afueras de La Alpujarra, se le salen las lágrimas cuando relata su historia con Mesa: “es muy generoso, lo conozco hace más de 22 años, él me dio trabajo como empacadora en uno de sus negocios y luego me siguió ayudando, lo quiero mucho”.

“Tengo que ir a una reunión con la comisión presupuestal y ahorita lo atiendo”, me dice Mesa. Me quedo

atorado en el vaivén de los desamparados, que su-man más de veinte. A uno le falta una pierna, otro tiene una de tornillos. Parece una escena del *Cándido* de Voltaire, donde todos los personajes, sentenciados al purgatorio eterno, persiguen en un redentor con pinta de gamonal del Magdalena Medio.

El señor diputado no se tarda, se escapa de la reunión y me mira de nuevo. Se da cuenta de que han llegado nuevos pediguños, y entonces repite: “¿Yo les he pedido votos a cambio de plata?”. Todos responden al unísono: “nooo, nunca”.

Por fin la entrevista. Rodrigo Mesa Cadavid me invita a su oficina en el segundo piso de la Asamblea de Antioquia. En la “sala de espera” hay más desdichados. Él los mira con cierta ternura y me dice: “Son personas humildes con historias muy trágicas, cómo no les voy a ayudar”.

La costumbre de regalar plata es herencia de su padre, quien recogía monedas de 500 y luego las repar-tía entre los necesitados que llegaban a sus negocios. Rodrigo Mesa reparte plata cada quince días, desde hace más de veinte años. Se gana cerca de ocho millones de pesos mensuales como diputado, y me asegura que cada mes reparte cerca de la mitad entre la gente más pobre de Antioquia. “La felicidad en la vida se encuentra en la humildad. Yo soy feliz haciendo esto”, expresa el sexagenario envigadeño.

Mesa creció en una casa grande, con solar, gallinero, árboles de mango y aguacate. Aprendió a ser disciplinado bajo el consejo de la correa de su padre. “Pero no me pegaba siempre con la correa, a veces me castigaba con la manguera de un lavadora Hoover que había en la casa”, recuerda.

En su casa nunca faltó nada, creció en la opulencia de la clase alta. Aunque no terminó el colegio, me dice que siempre fue aficionado a la lectura. También ha sido melómano; era cliente asiduo del bar La Yuca, donde se gozaba tardes completas escuchando a Los Panchos y al Duetto de Antaño. No quería ser político, pero no pudo evitarlo. Fue concejal de Envigado de la mano de grandes proyectos de vivienda. Una mano tan cambiada como la de los amigos de Rafael Forero Fetcuea, o tan completa como la de Germán Vargas Lleras.

Lleva veinte años como diputado, ha sido presidente de la Asamblea en tres ocasiones, y debido a su talento para la calculadora jamás ha salido de la comisión presupuestal.

Su vida siempre ha sido simple. Prefiere no salir de Colombia porque el cambio de horario le produce náuseas. Es casero, se acuesta temprano y no bebe. Ha salido ileso de cuatro atentados, y por eso lo acompañan dos o tres escoltas y siempre le pide la bendición a ‘La Abuela’. Le gusta usar camisas de rayas o cuadros, pantalones de algodón y de paño, zapatos bien embetunados. De su sudoroso pecho cuelgan dos escapularios, uno de la Virgen y otro de Juan Pablo II: “es el personaje que más admiro en este mundo, y me place mucho que lo vayan a declarar santo”, dice con voz aguardentosa.

Fue él quien pronunció la polémica frase: “invertir dinero en el Chocó es como echarle perfume a un bollo”. Ese pecado le costó cinco meses de suspensión y varias investigaciones y demandas. El diputado acepta que cometió un error, que fue imprudente, pero asegura que no es racista.

“En mi casa tuvimos siempre una empleada que se llamaba Dorian. Ella era negra, y cuando murieron mis padres prácticamente nos crió a mí y a mis hermanos. La hija de ella, Norma, que también es negra, sigue trabajando para la familia”, asegura. Cuando regresó de su suspensión, hace menos de un mes, los periodistas lo encontraron en su mundo de fábula con ‘Tabaco’, ‘Liriecita’, ‘Picachú’, ‘La Abuela’, ‘Doña Torta’, todos sus desamparados. Les estaba repartiendo plata y lo tildaron de político-ro, lo acusaron de comprar votos, pero él solo estaba atendiendo a su pequeña iglesia electoral, su directorio político sin números ni teléfonos.

“Yo no compro votos, yo ayudo a los pobres. Yo a ‘La Abuela’ lo único que le pido a cambio son bendiciones, nada más”, se defiende Mesa. Y sí, es un hombre generoso, a su manera, y buen comerciante, a su manera. Este hombre macondiano, de cachetes inflados y ojos melancólicos, que se sabe las historias de sus desamparados con obsesivo detalle, siempre saca tiempo para una imprudencia más. “Ponga en ese artículo que a mí no me gusta Bogotá, por la indiferencia de la gente y porque el frío me da soroche”. Dirán en Bogotá que gastar tinta en Rodrigo Mesa es como retratar un... ☪



Los artistas intentan subrayar las obras de sus antecesores. Algunos buscan la enmendadura y tachan con rabia los juegos de exaltación social, los arrebatos de virtuosismo, los retratos complacientes de una sociedad acostumbrada a los alardes. Otros se encargan de la caricatura y deforman lo que los artistas de hace ochenta años pulían con devoción. El tiempo casi siempre se encarga de sacarle una mueca ridícula a los rictus más severos, y los artistas de hoy aprovechan para usar un lápiz estridente y burlón. También están quienes hacen anotaciones al pie, en los márgenes de las obras canónicas. Algunos osados buscan la actualización de lo que ahora se ve como una sencilla anécdota para la nostalgia. Antioquias, la exposición que celebra la independencia del departamento, tiene un poco de todas esas búsquedas por superponer nuevas ideas sobre los mapas, los paisajes, los retratos, las panorámicas y los símbolos que crearon eso que llaman identidad.

Los mapas se trazan siempre con el cuchillo en la boca. La esencia de los límites políticos es la mutilación, la ventaja de quien traza la línea. La bienvenida a Antioquias nos la da un cuero de marrano colgado con dos garfios de carnicería. Sin esfuerzo se reconoce un mapa de Antioquia con algunas deformaciones. Desde lejos parece uno de esos pergaminos que marcaban los primeros perfiles del departamento. De cerca resulta revelador. Las venas y arrugas grasosas del cuero se convierten en una delicada geografía de ríos y estribaciones. También aparecen señas macabras donde la sal no ha hecho del todo bien su trabajo de conservación. Detrás se encuentra una promesa: un extenso territorio blanco, intocado, una sustancia aún por descubrir en el envés. Al lado del cuero de marrano aparece otro mapa, hecho con

un cuchillo sobre un gran pliego blanco. El artista marcó delineó el mapa apuñalando el papel con delicadeza, y ahora hay un territorio rasgado con el cuidado de un cartógrafo.

Junto a los sonidos tradicionales de indígenas y negros, y los clásicos pentagramas con las piezas de Carlos Vico, resuenan dos golpeos disonantes, se repite el repique de dos máquinas. Primero una pianola con dientes sobre su rodillo de madera: en cada giro los dientes levantan y dejan caer las teclas que producen la “melodía”. Para las muelas es un trabajo como cualquier otro, un viejo oficio. La canción y sus intérpretes dan una pista sobre la procedencia de las piezas: Sin reacción, de Mutant: “Ya ni con drogas ni con alcohol...”.

Muy cerca, en un cuarto oscuro, se desarrolla la proyección cuadro a cuadro de un caballo de paso fino colombiano. Ese redoble que fascina a tantos no es producido por los cascos del caballo, sino por una pequeña máquina de cuatro pistones que reemplaza la música de los pasos. Todo se reduce a una matriz de cuatro golpes. Quienes llevan la rienda se encargaron de crear las particularidades de ese martilleo único. Adaptar un caballo o una máquina, convertirlos en ejecutores únicos, es la tarea de los que llamamos colonizadores.

La ciudad también se ha encargado de los tachones y las enmendaduras sobre el terreno. En este caso son los curadores quienes señalan las capas de una ciudad que se olvida a sí misma cada generación. Un pequeño óleo de Luis Eduardo Vieco muestra al edificio Gonzalo Mejía bajo un cielo de fin de tarde. Abajo, el Teatro Junín y el Hotel Europa brillan como una caldera prometidora. Es el fuego de los grandes salones con los que soñaba la ciudad en la década de los veinte. El pintor ha cerrado el plano

para que Medellín tenga una escena digna de París. La ciudad estaba lista para las escenas de Bajo el cielo antioqueño, Agustín Goovaerts había dejado algunas piezas perfectas para el decorado.

Al lado del cuadro de Vieco, que hoy parece una ensoñación, está el plano inmenso de la aguja del Edificio Coltejer. Nada de adornos, nada de promesas de luz, solo cotas e información técnica. Ese romanticismo francés entró en desuso, el telón del teatro envejeció; era tiempo de pensar más en el trabajo que en la ficción de las películas o los dramas de la zarzuela. El Coltejer proyectó La sombra sobre el Teatro Junín.

Pólvora sobre lienzo, dice la ficha técnica. Los retratos tienen el negro corrido de las fotocopiadoras viejas que parecen trabajar con hollín. Al acercarse en busca de los rasgos velados se siente el olor de la pólvora. Tienen un aroma amenazante. En ellos hay un intento



DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

por igualar los rasgos de los habitantes de la villa con los de los habitantes de la ciudad; de tomar de nuevo las fotos de Melitón Rodríguez y Benjamín de la Calle. Los personajes parecen tomados al azar de las esquinas, y parados delante de los telones de los viejos estudios fotográficos. Es fácil confundir al alfarero del siglo XIX con el vendedor ambulante de pájaros mecánicos del siglo XXI. En muchos casos ha cambiado el formato, pero no la forma.

Una instalación punk vigila con recelo los retratos de muchos de los grandes personajes de Antioquia en el siglo XX, los mismo que hacían que El Colombiano publicara una de esas frases grandilocuentes a propósito de lo que entonces se llamaban gestas: “Antioquia ha dado una nota muy alta y ha probado hasta la evidencia que es culta, rica, empresaria, fuerte y grande”. El pequeño estudio forrado con cajas de huevos, la hilera de casetes, la colección de panfletos y afiches de conciertos gritan contra esa historia contada en placas. Vidas engañadas, Estado de sitio, Ciudad podrida. El punk de los ochenta parado frente al establecimiento de los cincuenta. La historia nos mostró que era inevitable que se encontraran en una ciudad estrecha entre laderas.

Frente a Horizontes se resalta todo el juego de tachaduras, adiciones, sabotajes y comentarios. Es inevitable pensar en la relación entre los colonos con los ojos en el futuro y los desplazados temerosos. La avioneta de fumigación asoma sobre el paisaje del fondo. La pareja decide usar pasamontañas. La mujer empuña el hacha y el hombre se encarga de proteger al niño en sus brazos. Al igual que ese mapa hecho con cuero de cerdo que se deforma todos los días, los discursos que conforman la identidad se contraen, se hacen rancios, pierden la sustancia. Una de las tareas de los artistas es darnos pistas sobre los nuevos símbolos y hacer la plana, que en poco tiempo será corregida de nuevo. ☪



Carlos Uribe.
Mapa.
Técnica tocino de cerdo.
138 x 125 cm.
Obra realizada para la
exposición Antioquias.



Hace siete años el horizonte de Albeiro Lopera Hoyos se cubrió de una bruma espesa. Para atravesarla tendría que tomar la decisión más importante de su vida. Estaba en su apartamento y recibió la visita de un amigo fotógrafo.

—¿Cómo estás de amarillo! —le dijo.
—Yo siempre he sido amarillo. Albeiro no le prestó atención. Más tarde llegó un primo.

—¿Cómo estás de amarillo!

Luego, otra persona.

—¿Cómo estás de amarillo!

Fue a un puesto de salud y lo remitieron de urgencia al Hospital Pablo Tobón Uribe. Lo revisó el cirujano Sergio Hoyos. —Yo no soy la persona indicada para tratarlo —le dijo—. Su problema es tan severo que lo que sigue es un trasplante.

Albeiro Lopera es uno de los reporteros gráficos más reconocidos de Antioquia, corresponsal de la agencia Reuters. Tiene 47 años y ha estado enfermo desde que recuerda. Su vida siempre fue una rebeldía contra la enfermedad y una prueba a la resistencia de su cuerpo.

Nació en el barrio Pérez del Municipio de Bello y fue el mayor de tres hermanos. Su madre, que era una campesina, lo tuvo a los dieciséis años, y su padre, zapatero, consiguió colocarse como obrero en Fabricato. Desde pequeño, Albeiro se enfermaba. Se le inflaba el abdomen y devolvía lo que comía. Le daban cólicos, vómito y diarrea.

En el Seguro Social le dijeron que era un problema en el hígado, pero nunca lo trataron. La enfermedad se volvió rutina. Era normal que mientras jugaba con sus amiguitos el cólico lo doblara de dolor. A los trece años el abdomen se le hinchó tanto que tuvieron que hospitalizarlo. El internista Gonzalo Correa —a quien años después consideraría como un padre— le dijo que tenía cirrosis, una degeneración del hígado.

Cada vez que le volvían los cólicos, su abuela, la matrona de la familia, lo cuidaba con cilantro de sabana, azafrán, verduras y frutas, pero en casa no se hablaba de su enfermedad. Albeiro creció como

si estar enfermo fuera su condición natural. Poco a poco fue descubriendo su fragilidad y cómo sobrevivir.

En esos años, una decisión de sus padres marcó el rumbo de su vida. “Mi rebeldía viene de un complejo que en algo he logrado superar. Por hacer bien, mis papás hicieron mal: me metieron a un colegio privado donde estudiaban los hijos de los supervisores de Fabricato, pero donde yo me sentaba dejaba pantalón”, dice. Los compañeritos vieron que era pobre y se la montaron. La humillación se le quedó aferrada a las vísceras.

En la antigüedad, en la práctica médica predominaba la teoría de los humores: la sangre, la bilis amarilla, la bilis negra y la flema eran los compuestos básicos del cuerpo humano. Así mismo, se creía que el dominio de alguno de ellos daba lugar a un tipo de carácter: sanguíneo, colérico, melancólico y flemático.

Si describiéramos a Albeiro como hacían los antiguos, diríamos que es colérico, de mal temperamento, regido por la bilis amarilla. Aún hoy creemos que ciertas reacciones tienen relación con un órgano: “me cayó al hígado”, decimos cuando alguien nos cae mal. “Albeiro es malgeniado y eso viene del hígado, pero ver sus fotografías me ayudó a entender por qué no aguantó. La guerra lo cargó y lo cargó hasta que colapsó”, dice Patricia, su pareja desde hace diez años.

La cirrosis hepática conlleva, entre otras complicaciones, alteraciones de la coagulación de la sangre, retención de líquidos y aumento de la bilirrubina (que produce la coloración amarilla), y aunque hay medicamentos que ayudan, la solución definitiva es el trasplante. Cuando un paciente requiere uno, se le aplica un protocolo para descartar contraindicaciones. Después, se activa en una lista de espera. En Colombia los hospitales proveen los órganos para sus propios pacientes; la mayoría provienen de fallecidos por muerte cerebral, bien sea por un accidente de tránsito o por bala, y la compatibilidad con el receptor debe ser de peso, talla y grupo sanguíneo. La espera es de uno a tres

meses y la probabilidad de supervivencia es del noventa por ciento.

Con buenas notas Albeiro convenció a su papá de que lo cambiara de colegio y empezó el bachillerato en un liceo público, “más del pueblo”. En el barrio había influencia de las milicias populares y del pensamiento revolucionario. Él y otros jóvenes se reunían para leer libros de Mao. Se convirtió en un líder. No podía ver que estuvieran maltratando a alguien porque se metía. Se hizo de izquierda y conoció el licor. Su lucha sería por los pobres y en contra de su cuerpo, de su propia vida.

—Empezó a beber a los quince años, cuando se vio enfermo se alzó la bata —dice su padre—. Tiene que ser consciente de que él mismo se clavó ese cambio de hígado.

“Me daban fiebres y tenía que ir a Urgencias con frecuencia. Repetí quinto de bachillerato tres veces. Antes era buen estudiante, pero las cosas se empezaron a dañar”. A los 17 años el doctor Correa le dijo que necesitaba un trasplante, pero su abuela no lo permitió: por esos días una joven de la misma edad de Albeiro, llamada Claudia, había muerto después de un trasplante; así que él terminó el bachillerato y se olvidó de salones y consultorios.

En los ochenta llegó el punk a los barrios populares de Bello, y Albeiro descubrió la revolución, se alejó de su familia y llevó su cuerpo a límites que nunca imaginó. Empezaba a beber a las ocho de la mañana y seguía durante varios días, sin comer; mezclaba alcohol y pastillas. “Si con eso no me moría era porque la enfermedad no me iba a matar. Y más duro le daba”.

Tenía la cresta más alta del barrio y andaba con doce perros. Se sentaba en una esquina con una grabadora a escuchar Los Ilegales de España a todo volumen: “Niños sin escuela de ayer, / jugadores de billar, / no les miren en los ojos, porque van desesperados. / ¿Qué les empujará? / No viven, solo esperan, / están agotados de esperar...”.

“Esa letra era lo que uno veía, hecha como para uno”, dice. Además del punk, también llegaron los tiempos de Pablo Escobar. El narcotráfico fue acabando con sus amigos de la cuadra, quienes le dejaron el apodo por el que sería muy conocido: ‘El Nueve’, por su contextura delgada y andar encorvado. El punk le acortó el camino al quirófano —de cualquier manera, algún día lo tendrían que operar—, pero lo salvó de la violencia. “Tenía dos caminos: ser sicario o ser punk, y mataron a mi mejor amigo y tuve que salir de Bello”. Se fue a vivir a Medellín. Se compró una moto y se hizo mensajero de un

almacén de repuestos en Barrio Triste. En la noche iba a conciertos, escribía canciones y asistía a los ensayos de bandas como DFK2 y Cuidado con las begonias. En los conciertos armaba peleas y se subía a los escenarios a sabotear los toques. El mundo estaba mal hecho en todas partes. “Destruir para construir” era su lema.

Albeiro cargaba siempre una cámara Polaroid que le había mandado su hermana de Estados Unidos. Fotografaba a los mecánicos de Barrio Triste, a los perros callejeros, a los amigos. Un día, en el Parque del Periodista, vio unas fotografías que un desconocido llevó al parche de punkeros y que había hecho en la Academia de Fotografía y Video ASFO, y allá fue a matricularse. Vendió la moto para comprar papel fotográfico y su primera cámara profesional, una Zenit vieja a la que se le atascaba el diafragma. En la Academia se ganó un concurso y empezó a creer que podía ser fotógrafo.

Y así como el punk le sirvió para rebelarse y descargar contra su cuerpo rabias y frustraciones —la enfermedad, las humillaciones de la infancia, los amigos que vio morir—, la fotografía fue el sustituto que lo hizo abandonar la cresta, aunque más adelante también le cobraría su cuota.

“Llegó a mi consultorio porque se sospechaba un problema en las vías biliares”, recuerda el cirujano Sergio Hoyos, quien de inmediato lo remitió al jefe de trasplantes. Tenía una biliopatía por hipertensión de la vena porta. El doctor Correa no veía a Albeiro hacía más de veinte años, pero lo reconoció. Él se sintió en las mejores manos. Recordó las endoscopias que le habían hecho cuando estaba pequeño, y al doctor Correa cuidando que no sintiera dolor.



TRASPLANTE PUNK

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Ilustración: Cachorro

—Usted ya sabe lo que tenemos que hacer.

—Sí doctor, pero yo soy muy renuente a eso.

—Piénselo, se va a poner más amarillo y las fiebres van a ser más fuertes.

—¿Cuánto me queda de vida? —dijo.

—Con todo lo que has durado, ya ni sabemos —dijo el doctor Correa. Albeiro no se decidía a someterse al trasplante, y la historia se repetía. Ardía en fiebre, cada vez estaba más arrugado y más amarillo. Los médicos le dijeron que o se hacía el trasplante o se moría.

Era una decisión que solo podía tomar él. Vivía de la muerte y sintió que esta vez el retrato del muerto podía ser el suyo. “Cuando trabajaba en zonas de conflicto pensaba que nada me iba a pasar. En cambio con el trasplante no estaba seguro. Afuera me la jugaba: podía esconderme, correr o hacerme el muerto; pero en esta situación nada de eso me servía”.

Los médicos le decían que era un hombre joven que le servía a la sociedad, que luchara por eso y no tuviera miedo. Entonces cedió y de inmediato iniciaron el protocolo para ver si era apto, pero se encontraron con una sorpresa. “La vena más importante del abdomen, la porta, estaba tapada. Necesitaba un trasplante multivisceral, un procedimiento muchísimo más grande que no habíamos hecho en Colombia”, dice el doctor Hoyos. El cirujano Carlos Guzmán, experto en trasplante de vísceras, le explicó el procedimiento.

—Tenemos que trasplantarte el hígado, el intestino, un pedazo de páncreas, el estómago, el bazo...

—¿Cómo así?

En 1995 le ofrecieron un puesto como reportero gráfico en el periódico El Mundo. “Esa oportunidad me cambió.

Cubría manifestaciones, historias en los barrios y espectáculos deportivos. Dejé de ir a los conciertos de punk porque tenía que trabajar”. A finales de los noventa fue el primero en llegar a un atentado contra la Cuarta Brigada del Ejército. Envío las fotos a varias agencias. Paul Smith, un fotógrafo inglés, lo recomendó a Reuters, y a partir de ahí se convirtió en corresponsal para Antioquia y Chocó. “Y me tocó la guerra. Salieron las Farc a atacar, se crecieron las Autodefensas. El estrés era el máximo. El conflicto te afecta la cabeza. Si con el alcohol me había portado mal, con el trabajo fue peor”.

Mal para él pero mejor para Reuters, que le ofreció ser corresponsal en Bogotá. “Les dije que esta era mi guerra y me quedé en Medellín. Quería ayudar en algo y vea en lo que vamos. Todos los reporteros de guerra terminan mal: pobres y enfermos”.

Albeiro se considera un romántico. El dinero y el éxito nunca lo obsesionaron. Sus valores estaban en contra del sistema. Dejó la vida de punkero porque vio en el reportero gráfico una oportunidad para decir su verdad y denunciar los atropellos que cometen los violentos contra la gente humilde. “Mi mayor fortaleza y defecto es la nobleza; en este mundo es una debilidad que puede acabar con uno”.

En 2006 Albeiro tuvo nuevas oportunidades de progresar en su trabajo. Llevaba siete años como corresponsal de Reuters, cubriendo una de las épocas más duras del conflicto armado colombiano: tomas guerrilleras, masacres de paramilitares, atentados terroristas; sobreviviendo a enfrentamientos, balaceras y días internado en selvas y montañas. Los fotógrafos extranjeros reconocían su trabajo y lo animaban a que expusiera en el exterior. “Y entonces picó el hígado”.

Tras meses de hospitalizaciones, un martes de mediados de agosto de 2007, Albeiro almorzó en casa de su madre y se sentó a ver el noticiero. Le sonó el celular y vio que era el doctor Guzmán. Había llegado el momento que tanto temía.

—Te esperamos en el hospital en una hora —le dijo.

“Cuando llegamos había unas sesenta personas esperándome. ¡Un trasplante de vísceras! ¡Y el primero que se hacía en Colombia! Me pusieron en la camilla y me cogieron la vena. Yo buscaba al doctor Correa por todas partes”. Entonces salió el cirujano Guzmán.

—Lo sentimos, parece que el intestino del donante no está bien —le dijo. Sintió alivio y desilusión. Un mes después volvió a sonar el celular. En el hospital lo esperaba una recepción igual a la anterior. “El doctor Guzmán hizo la extracción del donante y me llamó. Teníamos los órganos listos y en buenas condiciones”, recuerda el doctor Hoyos. La primera persona que Albeiro vio cuando entró al hospital fue el doctor Correa.

—Vaya tranquilo que yo voy a estar ahí —le dijo.

Albeiro dejó de preocuparse. Los cirujanos se encontraron con una anatomía difícil —las endoscopias le habían dejado cicatrices—, pero el doctor Hoyos se dio cuenta de que la porta no tenía obstrucciones. “Nos pegamos de esa vena y evitamos el procedimiento multivisceral”.

Al otro día, cuando Albeiro despertó, lo primero que vio fue la cara del doctor Correa. Le pareció un Papá Noel.

—Solo fue el hígado —le dijo. El doctor Hoyos iba a revisarlo y a darle ánimos.

—¡Hágale a comer carne y ají a ver si ese hígado sí funciona! —le decía.

Fue como haber vuelto a nacer, pero prematuro. Los médicos insistían en que podía llevar una vida normal, pero Albeiro no había sido ni sería una persona normal. “Tiene deficiencia de albúmina —principal proteína de la sangre—, se le hinchan las piernas, cualquier corte es de difícil cicatrización”, dice Patricia.

Contra la corriente, a los dos meses de operado, Albeiro volvió a manejar, viajó a Estados Unidos a visitar a su familia y regresó a Reuters. Un trasplante de hígado es para toda la vida, pero los tres primeros años son críticos, con el riesgo de un rechazo del órgano es alto. El oficio de Albeiro preocupaba al equipo médico, porque se exponía a condiciones sanitarias que



podrían poner en riesgo el postoperatorio. Le tenían prohibido realizar cualquier actividad que amenazara su vida, pero el riesgo era parte de su cotidianidad desde que era un niño.

En 2008 tuvo la primera crisis del postoperatorio: le dio una tuberculosis que atacó el cerebro; convulsión, lo intubaron y le indujeron un coma.

—Tiene doce lesiones cerebrales. No sabemos cómo va a despertar. Puede quedar ciego, cojo, mudo... —le dijo el doctor Correa a Patricia.

Después de quince días en coma le quitaron los sedantes. Cuando despertó, Patricia le señaló el letrero de la bata que llevaba puesta y Albeiro pudo leer el nombre del hospital. Ella pensó que era un milagro, pero a Albeiro le esperaba casi un año de tratamiento contra la tuberculosis y en cualquier momento podía recaer.

Hace un par de años tuvo una segunda complicación: se obstruyó la vena de la que el doctor Hoyos había pegado el trasplante. Albeiro volvió a sus días amarillos y febriles; alucinaba con que Hugo Chávez nos invadía, veía guerrilleros, monjes, mujeres árabes, nazis y animales...

Pese a que los medicamentos lo debilitan físicamente, y a los cuidados que debe tener por el resto de la vida —no trasnocar, alimentarse frecuentemente, no consumir licor, no frecuentar lugares donde haya enfermos, no forzar su cuerpo—, Albeiro no ha dejado de registrar la cruda realidad de un país en conflicto. Su fragilidad le ha dado el valor de acercarse a la muerte y sacar-le sus mejores fotos. Su fotografía de un fiscal tomándole fotos al cadáver de un joven de la Comuna 13 fue seleccionada en 2009 por el periódico *Boston Globe* como una de las cincuenta mejores fotos de la década, y su serie *Pandillas de Medellín* fue finalista del premio Ceme-FNPI en 2010.

Ahora Albeiro quiere dedicarse a sus propias historias y dejar de cubrir el conflicto. Antes, le queda una última misión: “empecé en la guerra y quiero terminarla registrando el proceso de paz, así acabe con una payasada”. Hace poco empezó a dar talleres de reportero gráfico a jóvenes de barrios populares. Dejó la ciudad y se fue al campo, donde espera vivir al lado de Patricia, oyendo The Clash, Plasmatics y Dead Kennedys, con varios perros y un hijo. Luce cansado, como un veterano de guerra. Aunque le dijeron que iba a ser el mismo, no lo es. Es un “nueve” escrito con mano temblorosa. UC

MUSEO D ANTIOQUIA

ENTRADA
LIBRE

ESTRATOS
1, 2 y 3*
*válido hasta diciembre de 2013

UN MUSEO PARA TODA LA CIUDAD



*Ingreso presentando la cuenta de servicios públicos



Final de un libro

por J. R. JARAMILLO R.

Ilustración: Juliana Arango Álvarez

A media cuadra de la casa de tres pisos donde Faulkner escribió *La paga de los soldados*, y a pocos metros de una plaza donde unas robustas y emperifolladas matronas negras adivinan la suerte en Nueva Orleans, me encontré con Arcadia, una surtida librería de viejo atendida por un amable gringo de origen francés, de mediana edad, amplia sonrisa, gafas en la punta de la nariz y absoluto desconocimiento de nuestro idioma. “Sabe de español lo que yo sé de inglés”, pensó. El negocio me recordó otro, en Medellín, cercano al Parque Bukowski: Palinuro, libros leídos. Y así llamé a la librería que, por suerte, me encontré allí, donde según García Márquez, “empieza América Latina”: el Palinuro de Nueva Orleans. Después de husmear anaqueles atiborrados de libros en todos los idiomas, me encontré frente a un arrume de títulos en castellano, y para mi sorpresa, vi uno que ni que lo hubiera buscado expresamente: *Alfanhuí*, de Rafael Sánchez Ferlosio, libro amado como el que más por un amigo librero que tiene a la lectura como su religión y su filosofía y su patria. “Los dioses me pusieron ese libro aquí para quedar como un príncipe frente a mi amigo”. Lo compré, pidiéndole al librero —a través de mi hijo Juan José, quien fungió como intérprete— que pusiera su firma y un saludo para quien comparte su afición y gerencia una librería similar a la suya muchas millas más allá, al sur, en un pueblo de los Andes.

Salí de allí con cuatro libros más, pleno por la compra realizada y, sobre todo, por el casual encuentro con el amarillento ejemplar del escritor hispano. Nos dirigimos al puerto para embarcarnos, río Misisipi arriba, en un barco de cuatro niveles, como de tarjeta postal, movido por aspas, impulsadas, a su vez, por el vapor de dos inmensas calderas marcadas con toda claridad: Thelma y Louise. Tras dos horas de navegación volvimos al puerto de embarque. Cercano ya el momento de abandonar la nave, y parado en el primer piso, a menos de un metro del majestuoso y oscuro río, tuve una luminosa idea, como si se me hubiera prendido un bombillo allá en los enredijos de mi materia gris: lanzar al agua una moneda gringa de mínima denominación y pedir un deseo. Y así lo hice, con tanta fuerza que la bolsa con los libros —*Alfanhuí* entre ellos— se rompió, y por un gran boquete cayeron cuatro volúmenes dentro del barco, mientras solo uno buscó la corriente, sus páginas al viento y sus pastas semiduras aleateando como un pájaro herido. Casi caigo de bruces al caudal por ir tras él; otra historia se estuviera escribiendo hoy, quién sabe por quién. Solo me quedé comprobar que, empapado, el libro se sumergió en pocos instantes. Fui el único y desolado testigo de esa gran tragedia. *Alfanhuí*, el libro destinado a Luis Alberto, reposa desde ese mediodía de invierno en el fondo del Misisipi. Agua eterna en su tumba... ☹



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

PLAGIANDO A MAX BEERBOHM

6 p.m. Estoy sentado con Mico en un pub bogotano de la Jiménez, y vamos por las tres cervezas. Se me suelta la lengua, y le confieso a Mico una obsesión que me acosa de manera cada vez más apremiante: anhelo saber si mi aporte al mundo de la caricatura será recordado dentro de cien años.

—Mefistófeles siempre se entera de estas cosas —le digo—. Accedió a regalarme ese viaje de una centuria; regalarme es un decir, porque el precio puedes imaginarlo. Pero no me importa; tengo que saber, eso es todo. De hecho, me he citado a esta hora con él, aquí mismo. Debe estar al llegar.

Como si me hubiera oído, aparece. Su aspecto es el de un atildado clubman cachaco, de chaleco, traje impecable y flor en el ojal. Recuerda un poco a Alberto Casas Santamaría, el de la Doblejulia. Sonriendo, me invita a marchar. Le pido a Mico que me espere (los viajes en el tiempo no obedecen a la tiranía de nuestros relojes), y salimos. En la entrada del pub Mefistófeles desaparece, y yo también.

Cien años adelante. Una ciudad futurista, similar a las que hemos visto muchas veces en el cine. Busco un café internet, me conecto al buscador más avanzado. Unos minutos después, estoy de vuelta. Mico ha pedido la cuarta cerveza, y me mira. Mi cara debe revelar las fatigas del viaje.

—¿Y bien? —pregunta. Voy al grano. —Busqué de inmediato ítems alusivos a mi apellido. Profusión de informes sobre Alejandro: Famoso pintor colombiano, cultivó un expresionismo figurativo, de fuerte raigambre tropical, un largo etcétera. Mauricio, humanista, navegante e historiador bogotano. Recorrió en su barco las rutas de Colón, un largo etcétera. Me cansé en vano de buscar un espacio que hablara de mí. No existo más, nadie me recuerda.

Hay un silencio incómodo, mientras apuro un sorbo de mi cerveza, todavía fría.

—¿Buscaste mi nombre? —pregunta al fin Mico, con voz muy suave.

—No —respondo—. Comprenderás mi estado de ánimo. No se me ocurrió, perdona.

Él me mira en silencio, y dibuja una vaga sonrisa giocondesca. La verdad es que no sé mentir.

CODA

Se dice que existió en la Barcelona del siglo XIX (verdad o leyenda, da lo mismo) un tal Fray Vicent, cura renegado y dueño de una librería, rica en incunables, primeras ediciones e inclusive códices. Su gran pasión eran esos libros que amaba por sobre todas las cosas, y que, por paradoja, se veía obligado a vender. Resolvió el problema de un modo expedito: vendía unos de sus preciados ejemplares, salía tras el comprador, en alguna callejuela lo apuñalaba, y devolvía a su cubil el precioso libro. Hubo pánico y asombro en la ciudad condal ante esos asesinatos inexplicables, hasta que, al cabo de unos años, el mismo fray Vicent llamó desde su establecimiento a la policía, y confesó sus crímenes. Hasta aquí esa crónica.

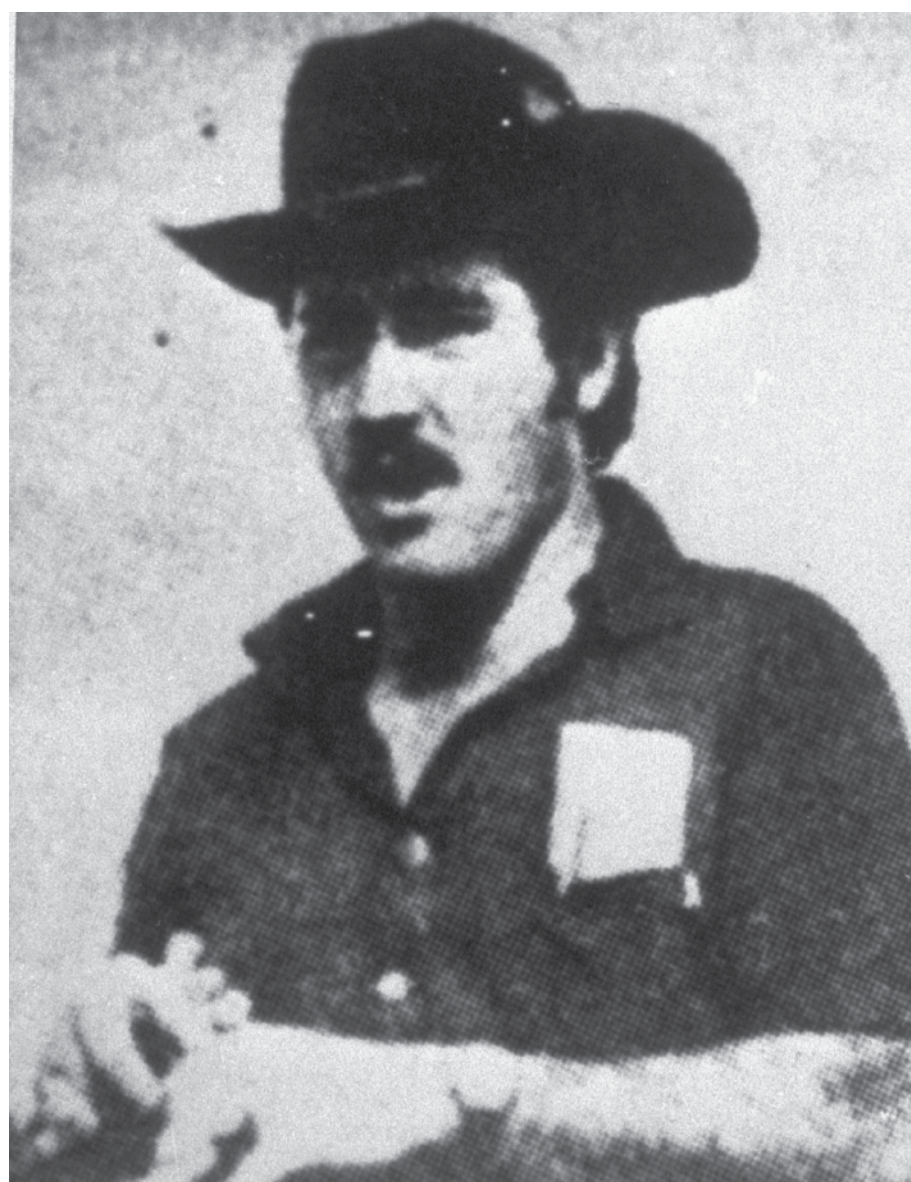
Dos siglos después, Fernando Botero repite de manera incruenta esa historia. Ya con el riñón bien cubierto, Botero suele comprar cuadros suyos que ama, y que debió vender en tiempos menos felices. Y así ha ido rehaciendo su colección personal. Colección que sería acaso la ilusión de todo artista, la confesión de que, en el fondo, solo se trabaja para uno mismo. Feliz Botero, que no se mancha de sangre. Es mejor ser rico que pobre. ☹



¿ENTIERRO MAFIOSO?

por ANDRÉS DELGADO

Alas cuatro de la tarde un sol rencoroso cobra venganza del barrio El Poblado y el poniente pega duro contra la montaña oriental de Medellín. La empinada calle 5 Sur, a la altura del mall La Visitación, está bloqueada por carros de vidrios polarizados. La acera derecha está vacía, limpia y arborizada, de no ser por un gamín roñoso que busca sombra. El tipo sostiene su cobija de lana podrida, echa una mirada con asco al Hummer negro que tiene al frente y despacha un trago de agua de un botellón plástico de coca cola tres litros; escupe desafiante y dedica el gesto al conductor del Hummer.



En la capilla de La Visitación una concurrencia apesadumbrada se congrega en las escaleras del atrio. El gentío está de pie, al sol, en silencio. Es jueves 25 de julio y está por comenzar la misa con las cenizas de Juan David Ochoa Vásquez, el mayor de los hermanos Ochoa, fundador del Cartel de Medellín junto con Gonzalo Rodríguez Gacha, Carlos Lehder y Pablo Escobar. Con 65 años, Ochoa murió a las 5 a.m. en un hospital tras sufrir un paro cardíaco.

En el parqueadero de La Visitación hay monteros con llantas regordetas, un Spark de rines maltrechos, un Mazda 323 arruinado, un taxi Sprint destaralado, y la limosina blanca y desperdida de la funeraria. Parece que al señor Ochoa Vásquez, mayor de los hermanos Jorge Luis, Fabio y Martha Nieves, quien comenzara muy pelado en el narcotráfico, viajando a Estados Unidos dizque para estudiar, lo quiso gente de variado estrato social.

Hay un señor de unos sesenta años, desfachatado pero con buen porte en el reloj. Hay pelados con cara de riquitos, todos muy serios, de camiseta y tenis; luego supe que son los amigos de Vicente, uno de los hijos de Juan David. Una chica forrada, de minifalda blanca, tacones de playa, lentes de sol y manillanas. A su lado un care galán con bluyines, saco café y zapatillas mira con ganas a la nena, que se cree en Cartagena. Lo más formal en el gentío son los lentes de sol. Hay señoras preocupadas y señores canosos y tristes que vienen a despedir al hombre que desde 1979, con 31 años, comenzó a figurar en los archivos de la DEA por distribuir 550

kilos de coca. Ochoa luchó contra el Cartel de Cali, contra el gobierno y contra la guerrilla. En la puerta de la capilla hay una señora de negro; por fin alguien de luto. Doy un rodeo buscando a Martha Nieves, secuestrada en 1981 por el M-19, que exigió doce millones de pesos como rescate. Como reacción, el clan Ochoa y otros 200 capos crearon el MAS, Muerte a Secuestradores, que ubicó a Luis Gabriel Bernal, autor intelectual del hecho, secuestró a su novia y a su hermano; Martha Nieves fue liberada sin pagar rescate. El MAS fue el origen del paramilitarismo. Busco a Martha pero no la veo; tampoco a Jorge Luis Ochoa. Con sumisión, el empleado de la funeraria abre las puertas traseras de la limosina y extrae una cajita de madera oscura adornada con flores y cintas blancas. La concurrencia abre paso y comienza la ceremonia. La capilla está a reventar y el bochorno aumenta. El aire pesa 15,4 toneladas. Me quedo atrás, en medio del tumulto. Suena un trío de teclado eléctrico, violín melancólico y voz: "hay un vacío que nadie en el mundo puede llenar, te vas pero siempre te recordaremos". Hasta ayer Ochoa hablaba por celular con sus hijos, y ahora está reducido a cenizas.

"Hoy estamos despidiendo al que fuera un padre de familia. El Señor lo purifique de sus debilidades, de su condición humana, que es la experiencia del pecado", dice el cura desde el púlpito. En 1991, luego del acuerdo con César Gaviria, bajo el compromiso de dar infor-

mación del negocio a cambio de no ser extraditados, el clan Ochoa se entregó a la justicia; Juan David fue el último en hacerlo. Luego de cinco años de cárcel Juan David y su hermano Jorge Luis salieron en libertad; Fabio lo haría en los meses siguientes, pero la salida de los dos primeros prendió las alarmas. El ministro de justicia, Carlos Medellín, calificó el hecho como una vergüenza internacional, y el ministro de defensa, Juan Carlos Esguerra, exigió una revisión de la política de sometimiento. Fabio no salió nunca. El gobierno se le torció. Lo dejaron encerrado otros cinco años hasta que fue extraditado en 2001, y en 2003 los gringos le clavaron una condena de treinta años. "La vida no termina -dice el cura-, el cuerpo no se destruye sino que se transforma en Dios, producción para la vida eterna".

RECOMPENSA
"LA FAMILIA OCHOA VASQUEZ"
INFORMA:

Que no está dispuesta a negociar con los secuestradores del M-19 que mantienen cautiva a la señora MARTHA NIEVES OCHOA DE YEPES. Que no pagará dinero por su rescate y que por el contrario ofrece la suma de VEINTICINCO MILLONES DE PESOS.M.L. (\$25.000.000.00) a cualquier ciudadano que suministre informes sobre su paradero.

Los informes pueden darse al teléfono 30-51-51 y se garantiza absoluta reserva.
Medellín, Enero 3 de 1982

Según un informe de *El Espectador* de septiembre de 2009, los ingresos de Juan David presentaron un crecimiento del 256% entre 2002 y 2003, y del 189% entre 2005 y 2006. Desde que Juan David salió de la cárcel se dedicó a la crianza de caballos y ganado, y se dice que no volvió a delinquir. Su fortuna les queda a sus hijos. En la comunión, la gente hace fila y el trío canta: "¿Quién va a reemplazarte? ¿Buscarte y no encontrarte?". En el sermón el cura dice: "El señor nos visita llevándose a todos los que queremos. Separados de las ataduras de la muerte, está en el reino de la inmortalidad". Suena un *ringtone* en medio de la concurrencia y todos reconocemos la cancioncilla de un celular barato. "Salimos de Dios y a Dios volvemos".

Hace un rato, mientras esperaba el inicio de la misa y buscaba a Martha Nieves, estuve parando la oreja. De alguno escuché: "con Juan David nunca hablé en serio, siempre nos decíamos groserías y esa era toda nuestra charla." Otro dijo: "como mafioso no llegaba siquiera a contrabandista, era tan despistado que se caía pasando un cartón de Marlboro". Con todo, la guerra de combos que vive Medellín es la herencia que nos dejó el Cartel de Medellín y sus fundadores.

Hace dos semanas tuvo su primera crisis cardíaca. Le pusieron dos *stent* en una clínica en Medellín y le sugirieron una dieta estricta; pesaba 116 kilos. Era un mecatero empedernido, los panaderos de Envigado lo sabían. Ahora habla la esposa desde el púlpito. Es una señora de porte recio, tiene la voz quebrada: "Dios no obra como un cazador, sino como un jardinero que reclama las mejores flores. Te quiero por siempre. Fuieste grande entre los grandes". Se oyen llantos y moqueos. Alguno me dijo: "no vayás a eso, la vuelta va a estar muy caliente". Yo esperaba ver guardaespaldas mirando feo, cordón de seguridad policial, caras malasas, combos de traquetos, jefes de rutas, coronas de flores en el atrio, lágrimas, luto, pero no. Esto no es un funeral mafioso. A la salida de misa se me viene a la cabeza la cajita de madera. El calor, el bochorno y un remolino de frases me marea. ¿Cuándo dejamos de ser esas panteras acechantes que ayer éramos para convertirnos en esta jaula de palabras que hoy somos? Salgo a la calle a preguntar por la batalla de la vida, y me contesta el gamín del semáforo, tumbado en un prado, con las manos en la cabeza, mirando el cielo azul. La vida es una botella de tres litros que un vago callejero se bebe de mala gana en este calor inmoral.

Fondo editorial de Medellín: Para mantener viva la lectura

"Maravilloso libro al que el viento le solía pasar las hojas"
Fernando Vallejo

Si por los apocalípticos fuera, a estas alturas los libros impresos estarían convertidos en piezas de museo, exhibidos en bibliotecas como el último vestigio de cuando el hombre leía en papel, y la industria editorial sería una anodina estructura de antaño sobrepasada por cuanto dispositivo electrónico hay, hubo y habrá.

Por suerte, los vaticinios sobre el fin del libro, venidos a cada vez más desde hace unos quince años, no se hicieron bola de nieve como en el cuento de García Márquez, en el que nada estaba destinado a pasar hasta que se regó como pólvora, de boca en boca, el rumor de que algo muy grave iba a suceder en ese pueblo. Al contrario, la industria editorial siguió su camino, diversificándose, poniéndose al día, con bajones y caídas, por supuesto. Pero no desapareció de la faz de la tierra como pregonaban ángeles y arcángeles.

La decadencia del libro, *Los días contados del libro, El mundo editorial en busca del tiempo perdido*, presagios a los que no les apostaron ni el Municipio de Medellín ni las editoriales independientes que se decidieron a conformar hace dos años el Fondo editorial de Medellín.

Es un Fondo que promueve la escritura y la lectura en la ciudad, potencia talentos, mejora los canales de distribución y convoca a correctores de estilo, diseñadores, ilustradores, dibujantes y libreros. En fin, a todos los que iban a desaparecer con el nuevo diluvio.

Evidencia del trabajo y el significado del Fondo editorial es la publicación y distribución de las cuatro colecciones (Letras Vivas, Becas a la Creación, Bicentenario y Laboratorio Medellín) de las que ya se han impreso setenta títulos. Novela, cuento, poesía, periodismo narrativo, literatura infantil, entre otros. La lectura en la ciudad está viva y los libros respiran el mismo viento que todavía juega a pasarles las hojas.



Iniciación a la danza y pre-ballet
SÁBADOS A LAS 10:00 Y 11:00 AM

Danza árabe infantil
SÁBADOS A LAS 10:00 AM

niñas de 3 y 4 años

niñas de 5 a 12 años

clases para adultos consultar en la web www.danzahara.com

Dirección: Cr 79 45 E-72 2do piso, sector velódromo
Tels: 5808571 - 312 7414006

NUEVA TU GATO ARENA AGLOMERANTE
-Scoopable-

Arena Sanitaria para Gatos Domésticos. **100% Natural**

Distribuidor autorizado:
D y CH Tel: 2659679
bast@une.net.co



lenteja express

Comida Rápida Vegetariana

- Hamburguesas
- Nachos
- Lasagnas
- Quesadillas
- Ceviche
- Jugos naturales

Centro calle 53 # 42-28 Col. 280 463 348 08
Poblado vía 25 de Julio Primavera Col. 280 479 03 36

lentejaexpressmedellin.com

Encuentranos en facebook hamburguesa de lenteja vegetariana

MON & VELARDE

Tienda de ropa y accesorios masculinos ubicada en la Calle 8 # 37 - 25 Poblado - Vía Primavera www.monyvelarde.com

SOLUCIONES Web

WWW.COHITE.NET

Los sobrevivientes

Fotografías de Daido Moriyama

Buena parte del trabajo de Iván Herrera tiene como referente las caminatas por el centro de Bogotá, donde confluyen seres anónimos de todas las pelambres, como lo demuestra una de sus primeras series, *La Ventana*, tomada desde un viejo café: transeúntes desprevenidos se asoman a la vitrina de un local donde el fotógrafo los espera agazapado.

En varias entrevistas el fotógrafo japonés Daido Moriyama (Osaka, 1938) ha dicho que le habría gustado ser marinero, ir de puerto en puerto, ligero de equipaje, siempre dispuesto al asombro. El sueño de tener la gracia del mar de su lado no se cumplió, pero la atracción por el vagabundeo nunca se fue de su vida. Moriyama es reconocido en el mundo por su fotografía callejera. Su universo solo tiene sentido cuando recorre sin rumbo la ciudad, en su caso Tokio. La mención de Moriyama viene a cuento al hablar de Iván Herrera (Bogotá, 1977), quien desde sus inicios en la fotografía ha tenido una vocación similar a la del japonés.

Después de caminar las calles céntricas bogotanas hasta el agotamiento, Herrera se lanzó a trabajar en color. Así nació *Paisajes Humanos*, un conjunto de tomas a fábricas abandonadas o culatas de edificios donde palpitan William Eggleston, Joel Mayerowitz, Trent Park y Joachim Brohm. Al respecto, Herrera dice: "Creo que me gustan porque todos tienen en común su gusto por las fotos callejeras y alguna inclinación por el diseño (los letreros de almacenes, los carros, el mobiliario urbano). Además, con frecuencia sus fotos son sencillas y no acuden a situaciones fuera de lo común para hacer de ellas algo interesante".

En *Los sobrevivientes*, una de sus últimas series, también anclada en el centro bogotano, Herrera conserva la misma sobriedad, pero en esta ocasión atraviesa el umbral y toma la vieja ciudad desde adentro. Dispuesto a rescatar del olvido un puñado de almacenes, billares, restaurantes y bares, Herrera presenta un grupo de composiciones clásicas con una distribución perfecta del espacio, lugares donde el color, en lugar de evocar el pasado, habla de la lucha de sus dueños por mantenerlos vivos.

Los sobrevivientes rebasa ampliamente lo documental para adentrarse en el alma oculta, secreta, del centro de una ciudad, además de dialogar con maestros contemporáneos y hacer propios algunos de sus elementos. Allí encontramos la actitud vital de Moriyama, el color de Eggleston y quizás algo del enfoque de Alec Soth en su libro *Dog Days Bogotá*, mezclados con el mundo propio de Herrera, que parte del vagabundeo para llegar al espíritu de las cosas. UC

ANDRÉS FELIPE SOLANO



De los toldos a los centros comerciales

por ORLANDO RAMÍREZ-CASAS

Fotografía: Archivo Biblioteca Pública Piloto

En mi niñez había en el país algo así como 22 departamentos, y varias intendencias y comisarías que se denominaban "territorios nacionales". Antes de yo nacer, un tío que se había ido para el Meta y radicado en Villavicencio, que quedaba por allá en la selva, regresó a Medellín tuberculoso para internarse en el Hospital La María en el barrio Castilla, en el noroccidente de la ciudad, donde murió por los días en que inauguraban el Cementerio Universal cercano a ese hospital. Su tumba estuvo marcada con el #3 y se la llevó el ensanche por falta de dolientes, porque mi abuela Valentina Restrepo y sus otros hijos vivían en el barrio Buenos Aires, en el extremo oriental, y eso quedaba muy lejos para estar visitando sus restos. No lo incineraron, porque en ese entonces no había hornos de cremación, pero tampoco lo enterraron en el Cementerio de San Lorenzo, el de los pobres, porque no era cuestión de pasear un cadáver infectado con el bacilo de Koch escapando contaminación por todos lados.

Valentina Restrepo, mujer pobre, provenía de los Restrepo ricos. Todos los Restrepo, incluidos los descendientes de esclavos que tomaron el apellido de sus amos, debían su "estirpe" al extremeño don Alonso López de Restrepo, que llegó a América en 1646, siendo muy joven, y se radicó con su primo Marcos en el Valle de Aburrá, donde en 1675, cuando la regente española doña Mariana de Austria la declaró "Villa de Medellín", ya eran personajes dis-



Mercado, Plaza Mayor. Pastor Restrepo. 1880.

tinguidos e influyentes. ¿Por qué Alonso y Marcos López de Restrepo, par de jóvenes aventureros, se radicaron aquí y no en Santa Fe de Antioquia? Porque eran pobres. No tan pobres que no tuvieran con qué comprar un pedazo de tierra, pero sí como para no poder comprarlo cerca del poblado donde estaba la civilización. Entre su terruño y el poblado central había un trecho que debían recorrer en mula por una trocha, y tardaban su buen tiempo y no la hora y cuarto que se tarda en automóvil hoy en día por la vía del Túnel de Occidente. No sé cuánto tiempo gastaban en ese recorrido para ir a comprar las cosas de mercado que no se conseguían en su

finca, pero sé que de Santa Bárbara a Medellín, dos siglos después, los arrieros "se gastaban seis jornadas madrugando desde las 4 am y parando después de las 6 pm. Y eran muchas leguas de camino a pie, con mulas cargadas y ajustando cabezales, sobrecinchas, enjalmas, pretales, baticolas, reatas y retrancos, que no es lo mismo que viajar sin estorbos. Una legua, con sus 5.572 metros, está más cerca de las tres millas que son 5.556, que de los seis kilómetros. Pero ellos no medían la distancia por leguas sino por 'tabacos de camino', es decir el recorrido mientras fumaban un tabaco..."

Dos siglos después de la llegada de los Restrepo al Valle de Aburrá, Medellín ya era una aldea recién convertida en ciudad, y los habitantes no tenían necesidad de ir hasta Santa Fe de Antioquia para hacer mercado porque aquí se conseguía de todo lo que podía conseguirse por esos días. ¿En dónde? En los toldos del mercado, como en cualquier caserío que se respete. Hasta 1891 estos toldos estuvieron situados en la plaza mayor de La Candelaria, o sea en el Parque Berrío, hasta que don Rafael, casado con una sobrina de don José María Uribe Restrepo, el suegro de don Carlos Coriolano Amador, construyó la Plaza de Rafael Flórez, donde no vendían flores por la sencilla razón de que en ese tiempo las flores se cultivaban silvestres en los patios de las casas: "¿Comprar flores? Pa qué". Esa fue la plaza o mercado cubierto por antonomasia, hasta que en 1894 su pariente político, don Coriolano, encargó al arquitecto Charles Carré la construcción de la Plaza de Mercado de Amador en Guayaquil, y relegó la de Flórez a la categoría de "placita".

Ochenta años le duró el reinado a la plaza de Guayaquil, y fueron dos incendios los que dieron la estocada final que

desplazó a los vendedores y compradores hacia las plazas mayorista de Guayaquil y minorista de San Benito. Hasta ese momento todos los habitantes de la ciudad iban al centro a hacer mercado y compras en los almacenes situados entre el Parque Berrío y la Estación Cisneros del Ferrocarril.

Para ese entonces, algunas de las fincas se habían dividido en lotes entregados en propiedad a los herederos. Los mayores recibían los lotes del frente, que daban a la calle, y los menores recibían lotes en el interior, alejados de la calle. Allí construyeron sus viviendas, pero se idearon un corredor que les diera acceso a la calle por una puerta común, corredor que daba a un patio en cuyo interior se abrían en abanico las entradas a varias viviendas, que en algún momento fueron alquiladas a otros y se convirtieron, a su vez, en "casas de inquilinato". Ese tipo de construcciones, que en Argentina fueron denominadas "conventillos", para nosotros se convirtieron en "pasajes".

El concepto de pasaje, aplicado al comercio, apareció en los años sesenta. El terreno de lo que quizás había sido una amplia casa, como muchas, con solar al fondo capaz de albergar vacas, animales de corral, caballeriza y cochera, fue loteado y dividido en locales comerciales con dos puertas de acceso comunes a todos ellos, una por Junín y otra por Maracaibo. Varios comerciantes se quebraron en ese lugar antes de que la ciudad desarrollara la cultura de recorrer ese tipo de establecimientos para hacer sus compras, al punto que algunos denominaron al pasaje Junín-Maracaibo "el túnel de la quiebra", tomando el nombre del túnel que daba paso al ferrocarril de Puerto Berrío.

Mucho tardaron esos negocios en volverse rentables, y fue ese nuestro primer centro comercial aunque no

cumpliera con los parámetros que hoy aplicamos para tal denominación. Para merecer el nombre de centro comercial tuvo que unirse con los que fueron construidos posteriormente en lo que era el Club Unión.

En 1972 se construyó el que tal vez fue el primer centro comercial de Colombia: el Centro Comercial San Diego. Hoy en día un local allí vale una millonada, pero por entonces muchos comerciantes perdieron sus ahorros mientras la gente adquiría la costumbre de comprar en ese tipo de negocios; era gente que todavía viajaba al puerto libre de impuestos que era la isla de San Andrés con el propósito de broncearse y traer un equipaje compuesto por electrodomésticos y otros artículos comprados a bajo precio.

Entonces hicieron su aparición los llamados sanandrecitos que los contrabandistas establecieron para ofrecer las gangas de San Andrés sin necesidad de viaje. Los sanandrecitos proliferaron, y muchas casas y negocios comerciales de Guayaquil fueron subdivididos y acondicionados en locales más pequeños, que se unieron, de manera informal, por pasadizos y puertas de acceso, para conformar lo que hoy en día se conoce como "El Hueco". Dicen los que saben que allí se consigue de todo, y muchas señoras de postín hacen sus compras en esos puestos porque, según sus cuentas, obtienen un ahorro considerable, aunque no todo el mundo se le mide a ese sistema de compras abigarradas. Mientras tanto, el Centro Comercial San Diego adquirió vuelo como lugar de compras para quienes preferían pagar un poco más por la comodidad de transitar frente a las vitrinas y la facilidad de sentarse a descansar. La idea de las compras o el simple vitrineo como un plan familiar y un ritual social comenzaba a consolidarse.

Fue ese el momento en que surgió el concepto actual de lo que es un centro comercial. Alguien calculaba, no sé con qué bases, que hay más de 250 en Medellín, pero la cifra oficial, según Fenalco, es de cincuenta centros afiliados. Bajar al centro de la ciudad dejó de ser una costumbre y una obligación, y ahora el centro comercial es el santuario de peregrinaje para muchos medellinenses, donde no solo van de compras sino también a comer, a lolear, a afilar el ojo y las ganas.

Naturalmente, lolear viene de Lola, que quizás fue alguna señora de esas que mucho miran y por todo preguntan pero, a la hora de la verdad, no compran nada. Ese apodo debió ser acuñado por las vendedoras de los almacenes que también se inventaron el apellido de la familia Miranda. Aunque, también se me ocurre, lo de lolear pudo venir de las jovencitas atractivas y sexis, como la Lolita de Nabokov, que se pasean por los centros comerciales. Porque los centros comerciales son también pasarela de modas y sustitutos de los bazares parroquiales y las procesiones de Semana Santa a los que los muchachos de mi época íbamos a conseguir novia. Hay que ir a El Tesoro, a Oviedo, al Santa Fe, a Unicentro, a Los Molinos, para ver la pléyade de estrellas crio llas que parecen sacadas de portadas de revista. Los comerciantes opinan que el loleo es un gancho y que detrás del loleo viene la venta: "los loleadores lo mínimo que compran es un helado y un cucurucho de crispetas".

Es curioso ver cómo algunos terrenos cambian de vocación. Los que fueron grandes teatros para la exhibición de películas se han convertido en lugares de oración para las sectas evangélicas; los espacios de la sillería fueron reemplazados por sillas plásticas fáciles de apilar, y el telón de proyecciones se transformó en el púlpito de los pastores que predicán la conversión.

Así mismo, varios centros comerciales y almacenes de grandes superficies han sido construidos en lo que anteriormente eran fábricas textiles, como Tejicondor, que hoy alberga a Makro, Carrefour y Home Center; como Fate-lares, frente a la Plaza de Mercado Minoritaria, donde acaba de construirse un nuevo centro; como Vicuña, donde se construyó el de Los Molinos; y como Everfit, donde acaba de abrirse el Centro Comercial Florida.

Los Molinos fue un centro comercial que marcó otra revolución. Hasta ese momento, los centros comerciales se construían en lugares estratégicos donde pudiera llegar la gente de altos ingresos, que era la que solía comprar en ellos. Los Molinos quedaba lejos de las viviendas de altos estratos, y estaba más próximo a los barrios Las Mercedes y Las Violetas que a Laureles. En Laureles estaba Unicentro, ¿para qué caminar más? Pero se construyó sin estreche-



Plaza de Flórez. Gabriel Carvajal Pérez. 1958.



Centro comercial San Diego. Gabriel Carvajal Pérez. 1975.

ces ni economías, con el propósito de hacerlos, más que un lugar de compras, un sitio agradable de paseo, un punto de encuentro, y arrancó de una; desde un principio sus comerciantes mordieron el éxito, y esto marcó una pauta.


El concepto pegó, y acaba de inaugurarse el Centro Comercial Florida, lejos de las viviendas de estrato seis. ¿Qué hace un centro comercial moderno en ese lugar? ¡Llenar un vacío! La populosa concentración poblacional del noroccidente está empezando a colmar los comercios de un centro construido con gusto arquitectónico y varie-

dad de servicios. Se está convirtiendo en lugar de moda para el loleo, y la gente va allí a desayunar, a tomar el algo, a cine, a ver a otros y a dejarse ver.

En las ciudades intermedias los centros comerciales se han transformado en una especie de graduación ciudadina, y los pueblos olvidan el marco de la plaza cuando levantan su Multiplex; en las grandes ciudades es la forma en que la clase media recién conformada pasea un rato en el escenario de los comerciales de televisión. Para unos es el entretenimiento bajo el orden y las reglas de los comerciantes; para otros es sencillo entretenimiento. ☺



Gabriel Carvajal Pérez.



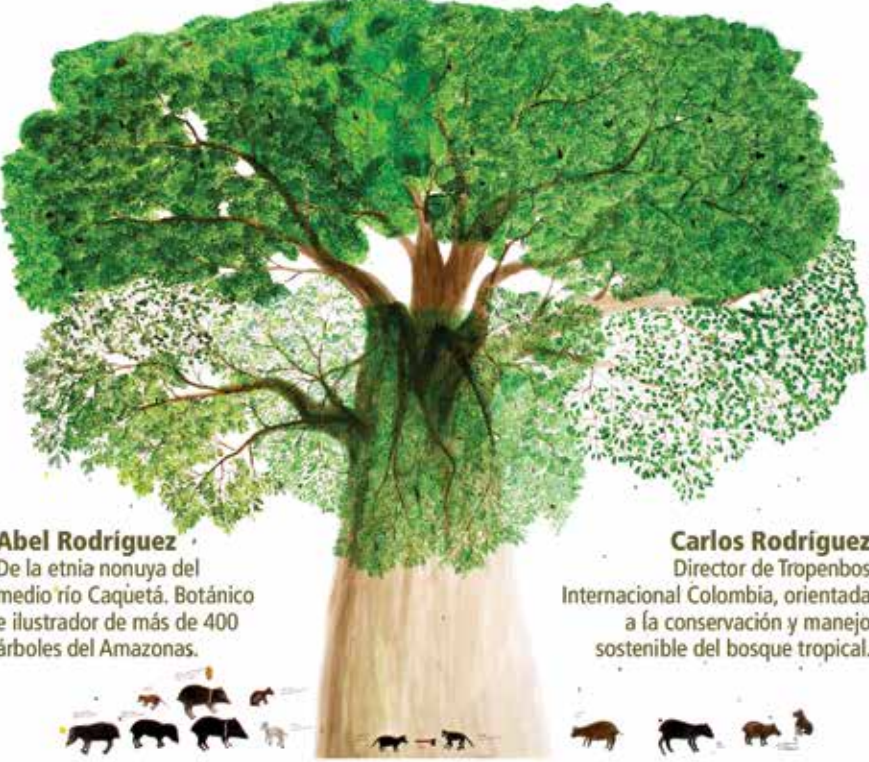

PINTADO POR ABEL

EL ÁRBOL RÍO

Jueves 1 de agosto 6:30 pm


En Explora | Entrada libre

El mundo del agua en las comunidades indígenas del Amazonas



Abel Rodríguez
De la etnia nonuya del medio río Caquetá. Botánico e ilustrador de más de 400 árboles del Amazonas.

Carlos Rodríguez
Director de Tropenbos Internacional Colombia, orientada a la conservación y manejo sostenible del bosque tropical.



PAPAYA PARA LAS PIRAÑAS

por MARIA LAURA IDÁRRAGA ALZATE

Ilustración: Juliana Soto Vallejo

Un 28 de diciembre Gabriel Jiménez conoció a las pirañas. Era de noche y había tomado con un amigo en varios bares del centro, entre ellos El Guanábano y La Casa de Asterión. Se hizo tarde y su amigo tenía que irse, así que se quedó solo.

Hacia poco vivía en Robledo, y pensó que en el Parque Berrío podía alcanzar un bus. Iban a ser las once de la noche. La ruta que le servía parqueaba más lejos, por el viaducto del Metro; ya un poco entonado, caminó hasta allí, con tan mala suerte que ya no había buses. Ya eran las once y media.

Se arriesgó entonces –cuenta entre risas– a coger los buses de Bello. “Me metí por el Parque Bolívar; yo viví por ahí mucho tiempo, por eso pensé que no me iba a pasar nada”. Al llegar a la calle Bolivia, donde está ubicada la Catedral Metropolitana, vio quince muchachitos quemando totes en la calle. “Qué bacano, aquí también se ven esas cosas”, pensó Gabriel, y siguió caminado con una sonrisa entre la ronda de “chinchos”, como les llama jocosamente.

Había avanzado veinte o treinta metros cuando escuchó el correr de los chinchos; se oían coordinados. En ese momento, la palabra atraco llegó a su mente. “Intenté salir corriendo y cuando menos pensé estaba atrapado como por treinta manitos, así, agarrándome”, dice Gabriel. El más grande tenía unos doce años y el menor unos siete. Más conocidos como “las pirañas”, un amigo suyo le contó tiempo después que incluso los travestis del Parque Bolívar los odian porque los atracan a cada rato.

“Me robaron plata, no estoy muy seguro de cuánta, entre cincuenta y sesenta mil pesos, el celular, y una candelita. Ellos me querían robar el bolso, pero yo no me iba a dejar porque ahí estaban las llaves de mi casa y no tenía a quién llamar para que me abrieran”. A pesar de que era más alto que ellos, en ningún momento pudo escapar de la redada a la que lo sometieron. La única solución era entregarles el bolso, pero no quería hacerlo. Mientras forcejeaba para no dejarse robar, pasó un sujeto en moto que se quedó, por un par de segundos, observando la escena. Gabriel le pedía ayuda entre dientes, pero el motociclista lo vio tan embaldado que simplemente continuó su camino. Los chinchos eran demasiados, lo amenazaban con un chuzo que él ni siquiera veía, estaba completamente inmovilizado.

“Agarré el bolso y la billetera con los papeles, no tenía nada de valor ahí, pero las llaves eran un embale y la billetera otro. Me decían que soltara el bolso y yo les decía que no; cuando vieron que no tenía nada en los bolsillos, salieron corriendo. Estaba muy confiado. A esa hora de la noche, solo, y en diciembre, ¡peor! Por los lugares que pensé que me iba a dar más susto había gente, y en los lugares que supuestamente conocía fue donde me atracaron”. Era el día de los inocentes, y todo parecía una broma. Gabriel ni siquiera culpa a los niños que le robaron. Se queda pensando y dice que ese día dio mucha papaya. Papaya para las pirañas. ☹



EL PAPA EN BRAZIL



DIPLOMADOS

Inscripciones abiertas hasta el 22 de agosto 2013

Cine	lunes, miércoles y viernes 5:00 a 8:00 p. m. Duración: 120 horas	\$ 850.500
Diplomado de Experiencias Audiovisuales VJ	martes, miércoles y viernes 6:00 a 9:00 p. m. Duración: 120 horas	\$ 950.000
Inscripciones abiertas		
Historia de Arte	lunes, miércoles y jueves 6:00 a 9:00 p. m. Duración: 120 horas	\$ 756.000
Vitrinismo	viernes, sábado y lunes 6:00 a 8:00 a. m. Duración: 80 horas	\$ 682.500

Fundación Universitaria
Bellas Artes

Informes: 4447787, Opción 1, extensión 3110 / informacion@bellasartesmed.edu.co
www.bellasartesmed.edu.co

www.cinéfagos.net

cine colombiano · crítica de cine
artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas

Detrás del mito, en medio de los relatos fantásticos
y los mapas prometedores, quedó la vida y la cordura de muchos.
El Dorado fue espejismo, reflejos sobre el agua.
Se dijo que era un hombre, un reino, un palacio...
Era solo un color sagrado.



 *Ron
Medellín*
Extra Añejo · Gran Reserva

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD LEY 30 DE 1986
PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD LEY 124 DE 1994